



Félix Lope de Vega

La hermosa Ester

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Félix Lope de Vega

La hermosa Ester

Dirigida

A doña Andrea María de Castrillo, Señora de Benaçura

La hermosura, entendimiento y virtud excelentísima de la hermosa, entendida y virtuosa Ester, de quien dicen las sagradas letras que era en extremo hermosa, de increíble belleza y graciosa y amable en los ojos de todos, ¡a quién se debía más justamente que a V. m., si de sus virtudes, hermosura y gracia se puede decir lo mismo! No me atreviera con rudo ingenio al milagroso de que ha dotado el cielo ese peregrino sujeto, si no fuera el de esta Historia sacado de tan sagrado archivo: no puede mi ignorancia deslustrarse. Las obligaciones al Sr. D. Francisco Duarte, que pasó a mejor vida, siendo Presidente de la Contratación de esa ciudad insigne, y el amor que siempre tuve al Sr. D. Martín Duarte Ceron, su hermano, digna prenda de tales méritos, bien pudieran por sí mismas obligarme, sin que se las añadiera lo que reconozco a la estimación que de mí hace el Sr. D. Jerónimo de Villanueva; a quien si la antigüedad conociera, celebrara mejor por Apolo y Diana, por Sol y Luna, que a los dos hermanos hijos de Latona, por quien la dieron el honor en Licia, que escribe el dulce Ovidio en los Methamorphoseos de su libro sexto:

Y por los bellos hijos más famosa,
daban culto y loaban
la gran deidad de la divina diosa.

Pero ingenuamente confieso que, más que todo me obliga saber la honra que doy a lo que de mi parte tiene esta trágica comedia, con el nombre de tan excelente señora, a la sombra de cuyas virtudes y gracias pudieran estar seguros los más célebres poemas. Días ha que falto de esa gran ciudad, donde pase algunos de los primeros de mi vida en casa del inquisidor D. Miguel del Carpio, de clara y santa memoria, mi tío: no he conocido a V. m. más que por la fama, no siendo lisonjero pintor, más verdadero cronista de su retrato Juan Antonio de Ibarra, secretario del Excmo. Sr. Duque de Alcalá, Virrey de Barcelona, que no es mala disculpa de mi atrevimiento, pues el ofrecer cosas humildes a personas grandes, citando la distancia lo es, es como mirar al sol cuando se pone, que aunque se sabe su grandeza, no se teme su claridad.

Dios guarde a V. m. como desea.

Su siervo y capellán,

Lope de Vega Carpio.

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

BASSÁN

EGEO

TARES

MARSANES

ADAMATA

SETAR, soldado.

EL REY ASUERO

UN CAPITÁN

GUARDAS.

CAJA DE UN VANDO.

MARDOQUEO

LA REINA VASTÍ.

ESTER

SELVAGIO (labrador)

SIRENA (labradora)

MÚSICA

AMÁN

Acto primero

BASSÁN y EGEO.

BASSÁN. Solo el poderoso Asuero,
que admirando el mundo reina
en ciento y veinte provincias,
hiciera tanta grandeza:
desde la India a Etiopía,
de Medos, Partos y Persas
es absoluto señor.

EGEO. ¿Qué anales, qué historias cuentan
desde que Dios formó a Adán
y a la hermosísima Eva,
hasta aquel diluvio insigne
con que castigó la tierra,
y desde que el gran Noé
tomó de la boca bella

de la paloma la oliva,
hasta la corona inmensa
de Nabucodonosor
en Babilonia soberbia,
que haya durado un convite
por más de ciento y ochenta
días, donde se ha mostrado
tan inaudita riqueza,
y que, cumplidos, se haga
siete días franca mesa
a toda aquesta ciudad,
donde, como ves, se asienta
desde el mayor al menor?

BASSÁN. Por cierto que ha sido muestra
de su magnánimo pecho.

Mas ¿hay sitio donde quepan?

EGEO. En este bosque del Rey.

se han puesto diversas tiendas,
y sobre columnas blancas
toldos de diversas telas
que cuelgan por varias partes
de cordones de oro y seda.

Hay ricas bordadas cantas,
y sobre la verde hierba
tales alfombras, que hacen
a las flores competencia.

Hay vasos de oro y cristal,
donde es rey de las cabezas
el aromático vino
que las mismas plantas riega.

También en su gran palacio
hace convite la Reina

a todas las bellas damas

y a las señoras de Persia;

tan espléndido, que creo
que hasta el fénix que se quema
en los olores de Arabia,

se ha puesto por excelencia,

y que ya no habrá más fénix;

porque si es verdad que engendra

el muerto al vivo en sus llamas,

ya no habrá quién le suceda;

ya no vuelan por el aire

las aves, o pocas vuelan;

ya no hay peces en los ríos

ni animales en las sierras,

ni hay en los árboles frutos,

ni parece que le queda
por muchos años, Bassán,
a naturaleza fuerzas.
Está, admirada la India,
la mar parece que tiembla
de que han de arar sus entrañas
hasta sacar sus arenas.
Mas oye: que sale el Rey
de la comida postrera,
con sus príncipes y grandes.
BASSÁN. Él tiene amable presencia,

Salen con música y acompañamiento el rey ASUERO, TARES, MARSANES, ADAMATA
y SETAR.

MÚSICOS ¡Viva el rey Asuero!
¡Viva el gran señor!
Desde el Gange al Nilo
cualquiera nación
postrada se rinda
a sus plantas hoy;
háganle corona
los rayos del sol.

TODOS. ¡Viva el rey Asuero!
¡Viva el gran señor!
El ártico polo,
como a Salomón,
oro y plata ofrezca,
la Pancaya olor,
rubíes Ceilán,
Fenicia color.

TODOS. ¡Viva el rey Asuero!
¡Viva el gran señor!
ASUERO. Cesen los instrumentos,
los bailes cesen, cuya dulce copia
enamorado los vientos.
Príncipes de la India y la Etiopía,
hoy por último día
quiero enseñaros la grandeza mía.

No en ricos vasos de oro,
no en joyas de diamantes y rubíes,
no en labrado tesoro,
no en púrpuras reales carmesíes,
no en pinturas divinas,
que todas desta imagen son cortinas;
no puedo yo mostraros
cosa en que mi poder más resplandezca,

si pretendo admiraros,
y adonde vuestra vista desfallezca,
porque quien al sol mira,
o ciega en su hermosura, o se retira;

Vastí, mi mujer bella,
Vastí, que así se llama, porque hasta
para saber por ella,
después de su virtud honesta y casta.
que no dio el cielo al suelo
mayores muestras del poder del cielo.

Veréis que soy dichoso,
más por Vastí, que por las ciento y veinte
provincias que glorioso
me han hecho en cuantos reyes tiene Oriente:
que no es el oro y plata
lo que habla a un rey y con el alma trata.

Parte, Setar, al punto:
dile que se corone la cabeza
el divino trasunto
del Hacedor de la naturaleza,
y venga coronada
a mi presencia, de quien es amada;
di que mostrarla quiero
a mis vasallos por grandeza mía,
y que en mi trono espero,
porque este es del convite el postrer día.

SETAR. Yo voy a obedecerte.

TARES. ¿Quién puede tanto bien agradecerte?

ASUERO. Veréis, príncipes míos,
un rostro en quien el sol cifra sus rayos,
que mis robustos bríos
convierte en tiernas ansias y desmayos;
veréis por excelencia

la grana y el marfil en competencia;
veréis por ojos bellos
dos esmeraldas, cuyo blanco esmalte
se está bañando en ellos;

y porque risa y alma no les falte,
dos niñas, dos amores,
con dos arcos del cielo sin colores;

veréis por dulce boca
el clavel de dos hojas, más hermoso
que el sol por Mayo toca,
ni el aljófara del alba más precioso,
y por las dos hermosas
mejillas blancas, entre nieve rosas.

El cuerpo, no hay columna

de marfil ni alabastro; la garganta
sirve de blanca luna
al sol que en su cabeza le levanta
de las hebras que mira
con tanta envidia, que sin luz suspira.

Entre SETAR.

SETAR. A la Reina mi señora
dije tu mandato y gusto,
y responde que no es justo
que eso le mandes agora;
que ella está allá con sus damas,
con debida honestidad,
y que a toda una ciudad
no has de enseñar lo que amas;
finalmente, da a entender
que el convite te ha dejado
con poco seso.

ASUERO. Ella ha dado
gran pesar a mi placer.

Vuelve, Tares, vuelve, y di
que soy yo quien se lo manda.

TARES. Señor, si se enoja...

ASUERO. Anda,
anda, y di que venga aquí.

TARES. Voy a decirle tu gusto.

ASUERO. Si ella me tuviera amor,
cuando aquesto fuera error
no le pareciera injusto;

mas yo sé que es tan discreta
como hermosa, y que vendrá.

MARSANES. Si con sus damas está,
déjala gozar quieta

su generoso convite;
que ya a tus vasallos todos
honraste de tantos modos,
cuantos el amor permite.

ASUERO. Aquí ha de venir, Marsanes:
yo quiero que la veáis:
vosotros mi imperio honráis,
príncipes y capitanes.

Si no os hago este favor,
no me agradezcáis ninguno.

Entre TARES.

TARES. No pienso que hay medio alguno
para tu intento, señor.

ASUERO. ¿Cómo?

TARES. Tu ruego desprecia.

ASUERO. Mi imperio, necio, dirás,
mas por muy necio que estás,
la Reina ha estado más necia.

¿Cómo que no? ¡vive el cielo!

ADAMATA. Señor, a tu majestad
es esta gran libertad
e injusto premio a tu celo,
y desta desobediencia
resultará el vituperio
de los grandes de tu imperio,
y de mayor preeminencia;
que a su ejemplo, sus mujeres
inobedientes serán.

MARSANES. Todos con vergüenza están
de ver que, siendo quien eres,
no te obedezca Vastí.

SETAR. Este agravio, gran señor,
no solo por tu valor
se cometió contra ti;
pero contra cuantos hoy
son príncipes de tu imperio.

ADAMATA. ¿Y qué mayor vituperio
para un rey?

ASUERO. ¡Corrido estoy!
Pero ¿qué me aconsejáis?

TARES. Que la desprecies también.

ASUERO. ¿Podré, queriéndola bien?
¡Fuerte consejo me dais!

MARSANES. Escribe a tus reinos todos
el castigo y el agravio,
para que, en moviendo el labio,
por este o por otros modos
para su gusto al marido
obedezca la mujer,
que en el imperio ha de ser,
como varón, preferido.

Sujetó naturaleza
su libertad al varón:
si los dos un cuerpo son,
él ha de ser la cabeza.

Repudia luego a Vastí,
porque puesto aqueste ejemplo
de la memoria en el templo,

la tenga el mundo de ti.
ASUERO. Afuera amor; que no es justo
que sujetéis la razón:
fuertes los consejos son
contra las leyes del gusto:
 pero si es bien que los reyes
sean espejos del bien,
bien es que en ellos se den
los principios a las leyes.
 ¡Salga de palacio al punto
la Reina: no quede en él!
MARSANES. Lo que es justo no es cruel.
Más vale del reino junto
 el público bien, señor,
que el gusto particular.

Váyanse el REY y SETAR y MARSANES.

TARES. El pacífico reinar
es vencer el propio amor.
ADAMATA. Quien reina de sus pasiones,
ese vive con razón.
TARES. Amor es una pasión
que nunca llega a razones:
 vive de su voluntad
en la libertad que quiere.
ADAMATA. Por eso quien le venciere
tendrá mayor libertad.
TARES. En gran peligro se ve
de vida y honor Vastí.
ADAMATA. Nunca la soberbia vi,
que en menos peligro esté;
 la estatua arrogante ha sido
de Nabucodonosor.

La reina VASTÍ, SETAR y MARSANES.

VASTÍ. ¡A mí con tanto rigor!
SETAR. La culpa, Reina, has tenido.
 ¡Sal del palacio al instante
y del reino juntamente!
¡Quita el laurel de la frente
y la corona arrogante;
 que esta sentencia pronuncia
contra ti tu esposo el Rey,
y todo derecho y ley
que hable en tu amparo, renuncia!

¡Justo libelo te ha dado!
¡No tienes qué responder!
VASTÍ. Quien trata así su mujer,
necio consejo ha tomado;
pero, qué pudo salir
del parto de tal convite,
sino que el reino me quite
o me condene a morir?

Cuatro meses hace hoy
que el convite monstruoso
tuvo principio dichoso:
¡buen fin con mi fin le doy!

¡Qué menos monstruo esperaba
Persia de tanto calor;
que monstruo que vence a amor,
no hay tigre o fiera tan brava!

¡Gentil consejo ha juntado
para mi deshonra y fin
en la mesa de un jardín
de racimos coronado!

Tal es el efecto dél,
como la causa y el dueño;
pero pasaráse el sueño
y el pensamiento cruel;

que en despertando el amor
él me vengará de Asuero,
que con memorias espero
matarle a puro rigor.

¡Tomad allá la corona,
pues que la manda quitar,
que no quiero yo reinar
con quien su amor no perdona!

¡Puntas doradas, adiós;
que yo las liaré de acero
para el corazón de Asuero;
que no está el descanso en vos!

Confieso vuestra grandeza;
pero si sujeta está,
con más valor quedará
en libertad mi cabeza;

que quien manda que me quite
la corona del cabello,
me la quitará del cuello
para segundo convite.

Todos sabéis de que nace
este furioso rigor.

SETAR. Oye.

VASTÍ. Apelo.
MARSANES. ¿A quién?
VASTÍ. A amor
del agravio que me hace.

Váyanse, y entren MARDOQUEO y ESTER.

ESTER. No siento tanto el duro cautiverio,
amado tío, aunque sentirle es justo,
ni el ver a nuestro pueblo en vituperio,
pues fue a su Dios ingrato por su gusto,
ni el ver que se dilate el grande imperio
del blanco persa al de Etiopía adusto,
del magno Emperador de ciento y veinte
provincias, las mayores del Oriente:
como el ver que me voy quedando sola
entre enemigos de mi pueblo hebreo,
que el mar de mi tristeza de ola en ola
ni lleva al golfo en que morir me veo.
¡Tú, donde el oro puro se acrisola
de las virtudes que imitar deseo.
en tanto mal me sirves de coluna
al peso del rigor de mi fortuna!

¡Murió mi padre y tu querido hermano!
¿Qué amparo puede haber que ya me cuadre,
en duro cautiverio del persiano,
si no es tenerte por mi asilo y padre?
Perdí mi bien para mi mal temprano
en los consejos santos de mi madre:
huérfana estoy; pero decir no puedo
que donde quedas tú, huérfana quedo.

MARDOQUEO. Cuando Nabucodonosor, sobrina
hermosa Ester, en los infaustos días
que de Jerusalén, para su ruina
de Israel, tuvo el reino Jeconías,
nos trajo a Persia y Media, y la divina
justicia castigó las culpas mías
(que no quiero decir que las ajenas),
lloraron sus profetas estas penas.

Tal vez castiga Dios por los mayores
la humilde plebe, aunque inocente viva;
que viene a resultar en los menores
lo que en el peso del gobierno estriba.
Los hebreos, un tiempo vencedores
en aquella dichosa y primitiva
edad de sus imperios, ya vencidos,
lloran en tierra ajena perseguidos.

Cumplió Dios su palabra; que no puede
faltar eternamente su palabra:
no hay monte que a su voz inmoble quede.
ni mar que luego no se rompa y abra.
La dureza del hombre a todo excede.
pues voz de Dios, que en mar y en montes labra,
humanos corazones la resisten,
¡de tal dureza contra Dios se visten!

Tierra de promisión, tierra bendita
gozaron cuantos el Jordán pasaron:
David engrandecella solicita;
algunos, aunque pocos, le imitaron;
mas luego que el ingrato a Dios le quita
la obediencia que tantos le juraron.
dio fuerzas a los reyes enemigos
y la cerviz del pueblo a sus castigos,

Así pasamos cautiverio triste,
mas tú no llores tanto el desamparo
de los honrados padres que perdiste,
pues vivo yo, que tu virtud amparo.
Con hermosura y discreción naciste.
y con divino entendimiento claro,
vivir sola pudieras; pero el cielo
algo pretende de tu santo celo.

ESTER. Yo pienso, mi querido Mardoqueo,
que de mi soledad tendrás cuidado,
con que le pierdo en el rigor que veo
del mar en mis desdichas alterado.
Servir a Dios y obedecer deseo,
en este humilde y en cualquiera estado,
las santas leyes de su dedo escritas
sobre las tablas de Moisés benditas.

Tú, pues, a quien ya toca justamente
mi amparo y guarda, mi remedio mira.

MARDOQUEO. Yo te adopto por hija.

ESTER. ¡El cielo aumente
tu vida!

MARDOQUEO. El mismo lo que ves, me inspira;
que tú procederás como prudente
con la hermosura que a la envidia admira.

ESTER. En tus consejos fundo mi esperanza.

MARDOQUEO. El que la pone en Dios, remedio alcanza.

Váyanse, y entren ASUERO y su gente y AMÁN.

ASUERO. Ninguno sabe si vive.

¿Qué decís, que pierdo el seso?

ADAMATA. A paciencia te apercibe,
que de aquel su loco exceso
justo castigo recibe.

ASUERO. ¿Pues dónde es ida Vastí?

AMÁN. Tú mandaste desterralla:
esto me afirman a mí.

SETAR. Ya sin ella no se halla.

ADAMATA. Harto, Setar, lo temí.

ASUERO. ¡Vastí de mi casa ausente,
y sus ojos de mis ojos!

ADAMATA. Temo que buscarla intente.

SETAR. Por los pasados enojos
le quitaste de la frente

la corona que tenía;

¿ya se te olvida el desprecio?

ASUERO. ¡Ay, hermosa prenda mía!

¡Cómo es el castigo necio,
que ha de llorarse otro día!

¿Es posible que mandé,
que te apartasen de mí?

¿Es posible que intenté
vivir un hora sin ti?

No fue amor, agravio fue.

Maldiga el cielo mis labios:

si el amor no es para sabios,

¿de qué se queja el honor?

Que no puede ser amor
el que no perdona agravios.

Hame de matar tu ausencia:

no podré vivir sin ti;

que el amor, como es violencia,

bien sé, querida Vastí,

que crece en la resistencia.

¿Para qué quiero reinar?

¿Qué es reinar si no hay contento?

Que mal puede descansar

un inquieto pensamiento,

ni en la tierra ni en la mar.

¿Qué importa el vano tesoro,

la corona, el cetro, el oro,

sin contento, sin placer?

Ya no le puedo tener,

que eres el reino que adoro.

Arrojaré los diamantes,

los vasos, la plata y seda,

en los mares circunstantes,

y aun el seso, si me queda,

en tristezas semejantes.

¿Qué importaba que estuvieras
con tus damas ocupada
y a mi ruego no salieras?
No fuiste tú tan culpada,
que tanto mal merecieras;
yo fui quien fin tan amargo
ha dado a tan dulce unión;
que siempre trae por cargo
breve determinación
arrepentimiento largo.

Ven, Amán: vente conmigo:
contaréte mi dolor
y descansaré contigo;
que las tristezas de amor
descansan con el amigo.

AMÁN. No aumentes el descontento
con los celos, pues podrán
los tiempos mudar tu intento.

ASUERO. En toda mi vida, Amán,
Persia me ha de ver contento.

Váyanse el REY y AMÁN.

ADAMATA. El Rey se parte de tristeza lleno.

SETAR. ¡Qué notable veneno amor le infunde!

MARSANES. Yo temo que redunde en daño nuestro.

SETAR. Si en el consejo vuestro hallase el mío
el lugar que confío, yo le diera
remedio al Rey que fuera de importancia
y que en breve distancia le curara.

MARSANES. Pues dile, y solo en su salud repara.

SETAR. Amor de trato largo se convierte
en hábito, y el hábito y costumbre
se vuelve, cual sabéis, naturaleza;
ya es este amor del Rey costumbre y hábito,
memoria del deleite que tenía;
los ojos, hechos a Vastí, no tienen
alegría sin ver sus bellos ojos;
los oídos, en quien requiebros dulces
hacían una música apacible,
no escuchan sus palabras; y estad ciertos
que el hechizo mayor de los que aman,
al alma suele entrar por los oídos.

MARSANES. Eso es verdad, porque los ojos tienen
siempre un objeto, una hermosura misma,
y los oídos siempre diferente,

pues oyen siempre diferentes cosas;
y así lo que conserva largo tiempo
a amor, son los oídos, no los ojos,
porque ellos nunca miran cosa nueva
y ven lo que una vez toda la vida.

SETAR. Pues discurrid así las demás partes
y sentidos del hombre, y veréis luego
que si esta falta de hábito y costumbre
ocupa otra hermosura y otro gusto,
saldrá el primero amor, saldrá por fuerza.

ADAMATA. ¿Dices que otra mujer hermosa y sabía
ocupará el lugar que está vacío?

SETAR. ¿Pues eso tiene duda? ¡Cuántos hombres,
de cosas que han llorado se consuelan,
y a veces quieren más que las pasadas!

ADAMATA. ¿Y dónde habrá mujer que le contente?
Que eso suele doblar el accidente.
porque el gusto engañado en lo pasado
suele ser malcontento y porfiado.

SETAR. Buscar tantas mujeres, que entre tantas
haya alguna hermosura tan valiente
que mate la memoria de la ausente.

MARSANES. Bien dice: échese un bando que al momento
cuantas mujeres tengan hermosura,
siendo, cual deben, vírgenes, se traigan
a palacio y se entreguen a las guardas
que para aqueste caso nombraremos.
La que entrare de noche, salga al alba,
Y la que le agradare, o por dichosa
o por bella, que reine.

ADAMATA. Justa cosa.

MARSANES. Gran médico serás, pues curar quieres
amor de una mujer con mil mujeres.

Vanse.

ESTER. Alto y soberano Dios,
que del rebelde gitano
y de la robusta mano
que quiso oponerse a vos,
sacastes el pueblo vuestro
libre de tanto rigor,
mostrando poder y amor
al bien y remedio nuestro:
vos, por quien iba seguro
por tanta mar desigual,
en cancelas de cristal

que le sirvieron de muro:
vos, que en áspero desierto
el blanco maná le distes,
con que la campaña hicistes
de nieve del cielo puerto;
vos que le distes victorias,
donde para siempre están
en las piedras del Jordán
los libros de sus memorias,
y vos que, para castigo
de sus idólatras pechos,
habéis postrado sus hechos
a los pies de su enemigo,
y humillado a cautiverio
las cervices levantadas,
que con heroicas espadas
ganaron tan grande imperio,
¿cuándo os habéis de doler
de aquellos mismos que amastes,
pues a todos obligastes
a sufrir y a padecer?
¿Cuándo volverá, señor,
vuestro pueblo a libertad?
¿Cuándo a la santa ciudad,
a vuestra gloria y honor?
¿Cuándo a vuestro sacro templo
y al alcázar de Sión,
para dar desta prisión
a la sucesión ejemplo?
Doleos, señor, de mí,
aunque la mínima soy
del cautiverio en que estoy.

Sale MARDOQUEO.

MARDOQUEO. ¡Sobrina!

ESTER. ¿Llámasme?

MARDOQUEO. ¡Sí!

Notable suceso.

ESTER. ¡Ay Dios!

MARDOQUEO. No te alteres; oye atenta.

Ya sabes el gran convite,
real y espléndida mesa
que en esta ciudad de Susa,
hoy la cabeza de Persia,
ha hecho el gran rey Asuero,

ESTER. Si sé, porque tienen della

noticia los escondidos
animales en las selvas,
las aves en altos aires,
los peces en las arenas.

MARDOQUEO. Quiso Asuero que Vastí,

su hermosa mujer, y Reina
de la India y de Etiopía,
saliese por más grandeza
a donde la vieses todos;
mas respondió con soberbia,
desobedeciendo al Rey,
por cuya desobediencia
fue echada de su palacio;
pero pasada la fiesta,
el Rey, de amor encendido,
está enfermo de su ausencia;
los príncipes de su imperio,
por medicina, aunque nueva,
mandan en todos sus reinos
buscar hermosas doncellas,
para que la que le agrade
reine en lugar de la Reina.

Egeo, del Rey criado,
te conoce, y tu belleza
escrita tiene en la lista.

ESTER. ¿Qué dices, tío?

MARDOQUEO.

No temas;

que Dios te dará favor,
porque por tu medio sea
su pueblo restituido
a su primera grandeza;
no repliques; que ya sabes
que debes esta obediencia
al cielo, porque sin duda
por ti mi remedio ordena;
fuera de que no es posible
que te libres de su fuerza,
es bien que al cielo y a mí,
hermosa Ester, obedezcas.

Asuero es rey poderoso,
nosotros la gente hebrea
que Nabucodonosor
trujo cautiva a esta tierra.

Véate el Rey, habla al Rey,
pero quiero, Ester, que adviertas
que no has de decir tu patria,
aunque preguntada seas.

Calla tu pueblo y nación;
que Dios, de lágrimas tiernas
destos cautivos movido,
quiere romper sus cadenas.

ESTER. ¡Ay, Mardoqueo, qué cosas
tan peregrinas me cuentas,
tan nuevas a mis oídos
y a mi castidad tan nuevas
no te espantes si a la cara
salen colores apriesa,
ventanas en que al peligro
se asoma nuestra vergüenza.
Yo haré, tío, lo que mandas,
si dices que Dios lo ordena,
y ojalá que fuese yo,
aunque tan indigna sea,
por quien el pueblo cautivo
ya que del todo no vuelva
a la gran Jerusalén,
menos castigo padezca.

MARDOQUEO. La gente suena, sobrina,
que conduce las doncellas;
ven, mudarás de vestido
si te dan lugar que puedas.

ESTER. ¡Inmenso Dios, vuestra soy!
Vuestra grande omnipotencia
por instrumentos tan flacos
suele obrar cosas como estas.
Délbora rigió a Israel:
Dadme entendimiento y fuerzas
para saber agradaros,
pues que yo os doy la obediencia.

Váyanse, y entren un capitán y dos alabarderos y una caja.

CAPITÁN. Aunque esta es pequeña aldea,
no dejéis de echar el bando,
porque en lo que voy buscando
la diferencia se vea;
y si por la variedad
es bella naturaleza,
también causará belleza
la mucha diversidad.

Calidad no me ha pedido:
hermosura pide el Rey:
ni excede la justa ley
haber cuidado tenido

de que en toda aquesta tierra
no quede hermosa mujer
de cualquier suerte, sin ser
fin de su amorosa guerra.

CAJA. Que sea o no justa cosa,
lo que mandas obedezco.

CAPITÁN. Di, pues, el bien que le ofrezco
a quien tiene prenda hermosa.

CAJA. Manda el poderoso rey Asuero, señor
del Oriente, que cualquiera persona,
de cualquier estado y calidad
que sea, que tuviere doncella hermosa
en su casa, la manifieste y entregue
a los capitanes para este efecto
nombrados, que así conviene a su Real
servicio; mándase pregonar porque
venga a noticia de todos.

Váyanse, y entren SIRENA, labradora, y SELVAGIO, villano.

SELVAGIO. Si me tuvieras amor,
a fe que tú te escondieras.

SIRENA. Y si tú amor me tuvieras,
no usaras deste rigor.

SELVAGIO. ¿Rigor es tener temor
de perderte?

SIRENA. ¿Pues no es,
cuando tan cerca me ves
de ser reina, hacer de modo
que pierda un imperio todo
que pone el tiempo a mis pies?

SELVAGIO. ¿Luego entre tantas mujeres
piensas ser la que le agrade?

¿Cómo no te persüade
el ver cuán rústica eres?

Ser reina, Sirena, quieres
donde irán tantas señoras;
no señala labradoras
el bando, mas gente igual
a la corona Real,

que con tu sayal desdoras.

SIRENA. ¿El Rey no está enfermo?

SELVAGIO. Sí:

dicen que muere de amor;
que aun es el daño mayor
para despreciarte a ti.

SIRENA. Tú te engañas.

no causa tanto contento,
del ciudadano aposento
en los balcones colgado;
la fruta en plato dorado
no agrada como en la rama,
y así el gusto del Rey llama
a la ruda labradora
más que a la grave señora
y a la bien compuesta dama.

SELVAGIO. ¡Que te haya la vanidad,
Sirena loca, engañado,
naciendo hierba en el prado,
a trasplantarte en ciudad!
Cuando al Rey la voluntad
tú le pudieses mover,
¿por qué dejas de querer
lo que del campo encareces?
Pues al palacio te ofreces,
donde no lo puede haber.

Esa bella compostura,
sin arte quieres dejar,
y trasladarte a lugar
de menos varia hermosura;
goza de la fuente pura
y del árbol la belleza:
sigue tu naturaleza,
pues que dices que es mejor,
y no desprecies mi amor:
reinarás en mi firmeza.

SIRENA. Selvagio, como le agrada
el aldea al cortesano,
agrada al rudo villano
ver la techumbre dorada:
la dama de oro cansada
pardo picote desea,
y el oro la del aldea:
truécense plumas y varas;
que si en los gustos reparas,
no hay gusto que firme sea;
el casado al libre envidia,
y el libre envidia al casado;
quien tiene el mundo abreviado:
del gobierno se fastidia:
India, Etiopía, Numidia,
no dan a Asuero, en rigor,
contento, y muere de amor
de que le falta Vastí;

que siempre decir oí:

lo que falta es lo mejor.

SELVAGIO. Tente y advierte, Sirena,
que me dejas a morir.

SIRENA. Déjame, Selvagio, ir

a donde mi suerte ordena;

que mañana tendrá pena

alguna reina de amores;

¿iréis allá labradores?

SELVAGIO. Aguarda.

SIRENA. No hay que tratar.

SELVAGIO. ¿Piensas que has de enamorar
los cetros como las flores?

SIRENA. Mal sabes las diligencias
de una mujer que pretende.

SELVAGIO. ¿Y si al Rey tu gusto ofende
y adora ajenas ausencias?

SIRENA. Volveréme a mis querencias.

SELVAGIO. Pues en los nidos de antaño
no habrá pájaros hogaño.

SIRENA. ¿Seré yo reina?

SELVAGIO. Serás

tan loca, que lo dirás

en llegando el desengaño.

Vase.

Entren el rey ASUERO y su gente, y AMÁN.

ASUERO. En efeto, la pena se entretiene

con tanta variedad, mas todavía,

vasallos, la memoria a darme viene

fuertes asaltos con la prenda mía.

Si dicen que el amor remedio tiene,

cosa que mi experiencia desconfía,

¿en quién está cifrado, en quién se guarda?

ADAMATA. ¿Pues no te pareció Sergia gallarda?

ASUERO. Su fama me agradó, mas su presencia
no fue a su fama igual.

SELVAGIO. Bizarra dama

era Fenicia.

AMÁN. Mucho más Fulgencia,

que la sirena del Jordán se llama.

TARES. Yo presumí que el talle de Laurencia

volviera en nieve tu amorosa llama.

ASUERO. Vastí, me mata, y sola su hermosura

es el crisol que mi memoria apura;

los libros no escribieron medicinas

y los sentidos a tu amor dispongas;
que como el claro sol los montes dora,
y parecen zafiros y diamantes
las verdes hierbas que bordó el aurora,
claras entonces como oscuras antes,
así con la riqueza que atesora
y alumbra las esferas circunstantes,
tu presencia Real, la humildad mía
trasladará su noche al mayor día.

ASUERO. Por el supremo Dios que rige el suelo,
hermosísima Ester, que no pensara
que se pudiera hallar fuera del cielo
de hermosura y de luz fénix tan rara;
das en mirarte celestial consuelo;
toda memoria en tu belleza para;
que cual huye del sol la noche oscura,
huye el ajeno amor de tu hermosura.

No sale el sol por el purpúreo Oriente
más apriesa borrando las estrellas,
que el de tus ojos y serena frente,
pues ya desaparecen las más bellas.
Levántate del suelo al eminente
trono, que ya mejor que todas ellas
mereces, pues por fin de mis enojos
hallaste gracia en mis dichosos ojos

Mas porque el orden justo se prosiga,
a Ester acompañad, y tenga aparte
el aposento a que su luz obliga,
pues veis que con el sol términos parte;
que yo sospecho ya que se mitiga,
más por naturaleza que por arte
esta pasión que me abrasaba el pecho;
amigos, gran servicio me habéis hecho.

ESTER. Tu sierva soy, y tú quien a tu hechura
levantas de la tierra.

ASUERO. Esto merece,
bendita Ester, tu gracia y compostura,
que en los ojos del cielo resplandece.

AMÁN. Alaba, hermosa dama, tu hermosura.

ESTER. Mi alma, a Dios alaba y engrandece.

SETAR. Basta, que amor a más amor se allana.

AMÁN. Lo que mujer dañó, mujer lo sana.

Acto segundo

HABLAN EN EL SEGUNDO ACTO

MARDOQUEO.

ISAAC.

AMÁN.

TARES.

ASUERO.

BAGATÁN.

ESTER.

SELA.

ZARES, mujer de Amán.

MARSANES.

EGEO.

SELVAGIO.

SIRENA.

VILLANOS.

PORTERO, Bautista.

MARDOQUEO e ISAAC, hebreo.

MARDOQUEO. Llevada, finalmente, Isaac amigo,
la bella Ester al poderoso Asuero,
halló gracia en sus ojos de tal suerte,
que preparando a sus mayores príncipes,
la fiesta de un convite suntuoso,
la coronó por reina de la India,
y puso la diadema en la cabeza
de ciento y veinte reinos y provincias.
Con esto y el amor, que siempre crece,
es dueña Ester de todos sus sentidos,
por dicha, para bien de los hebreos,
que lloramos cautivos las memorias
de nuestra amada patria, de la santa
Jerusalén, desde los tristes días
que venció Donosor a Jeconías.

ISAAC. ¿Y tú no vives, noble Mardoqueo,
con más honor del que presente veo?

MARDOQUEO. No he querido que Ester al Rey le diga
que soy su tío, ni lo sabe alguno

de los persas que viven en su casa,
ni su nación ni patria le he mandado
que diga hasta su tiempo.

ISAAC. Mal has hecho,
porque con tanto amor, si la supiera,

para nuestra prisión remedio fuera.
MARDOQUEO. Diversas cosas va ordenando el cielo
para bien del cautivo pueblo suyo,
de las que puedes tú pensar agora,
de las cuales Ester será la estrella;
tíeneme un sueño, Isaac, tíeneme un sueño
lleno de confusión.

ISAAC. Pues qué, ¿imaginas
que no es sueño animal, de los que nacen
de la solicitud del pensamiento?

MARDOQUEO. Por sobrenatural le temo y siento.

Yo vi romperse el cielo por mil partes
con horrisonos truenos, y hacer guerra
uno con otro dos dragones fieros,
a cuya confusión vi que salían
dos ejércitos fuertes a batalla
campal contra los justos inocentes,
los cuales, viendo la tragedia tristes
de sus amadas vidas, con mil lágrimas
pidiendo estaban su remedio al cielo.
Entonces una humilde fuentecilla
iba saliendo con pequeña fuerza,
pero creció de suerte, que excediendo
las márgenes floridas con las aguas,
se vino a hacer un caudaloso río;
el sol salió con mil hermosos rayos,
y dándoles mil géneros de muertes,
los humildes vencieron a los fuertes.

ISAAC. ¿Consultaste al Señor sobre este caso?

MARDOQUEO. Yo pienso que ha de ser para bien nuestro,
aunque ha de ser por medio de mil penas;
mas como al sol precede oscura noche,
así la gloria de las penas sale.

ISAAC. ¿Quién es aqueste?

MARDOQUEO. Este es Amán, un príncipe
que preside a los otros, tan soberbio
con el imperio, que me causa enojos.

ISAAC. Todos se van hincando de rodillas.

MARDOQUEO. Yo no, que solo a Dios hincarlas pienso,
que no quiero quitar lo que le debo,
por darlo a la criatura, que bien sabe
el mismo Dios, que no es por ser yo grave.

Acompañamiento, AMÁN detrás, y alguna gente hincándose de rodillas.

AMÁN. ¿Quién sois vos?

PORTERO. Yo soy, señor,
de la Audiencia Real portero;
hacedme aqueste favor.

AMÁN. Ni agora puedo ni quiero
servir.

PORTERO. ¡Qué extraño rigor!

AMÁN. ¿Vos quién sois?

SEGUNDO. Pobre soldado
que de Numidia ha llegado.

AMÁN. ¿Mejor no fuera servir
hasta morir, que venir
a ser ocioso y cansado?

¿Y vos, viejo?

TERCERO. Yo serví
a Vastí.

AMÁN. Ya no hay Vastí.

¿No sabéis que reina Ester?

¿Qué os cansáis en pretender?

¡Hola! Apartaldos de aquí.

Éntrese.

TERCERO. ¡Mal fuego del cielo baje
sobre tu casa, cruel,
que tanta soberbia ataje.

Éntrense. Queden MARDOQUEO e ISAAC.

MARDOQUEO. No pienso, Dios de Israel,
hacer a tu culto ultraje.

ISAAC. Yo la rodilla le hiqué
con temor.

MARDOQUEO. Yo, sin temor,
quedé cubierto y en pie.

ISAAC. No he visto tanto rigor.

MARDOQUEO. ¡Qué cruel!

ISAAC. Mucho lo fue.

MARDOQUEO. Bienaventurado sea
quien en hacer bien se emplea,
y al pobre muestra piedad.

ISAAC. Voyle a ver por la ciudad.

Vase.

MARDOQUEO. Quien le estimare, le vea.

MARDOQUEO solo.

Dios de mis padres, no es soberbia mía
no me rendir a Amán, tan arrogante
como Nembrot, aquel feroz gigante
que escalar vuestros cielos pretendía:

introdújose así la idolatría;
no es bien que con el culto se levante,
debido a quien no tiene semejante,
quien no tiene poder seguro un día.

Vos sois la majestad a quien debida
es nuestra adoración, y por quien vierte
sangre en las aras donde sois servida.

Nadie con vos es poderoso y fuerte;
que como sois el dueño de la vida,
también tenéis el cetro de la muerte.

BAGATÁN y TARES.

BAGATÁN. Paréceme que es mejor
que le matemos de hecho.

TARES. Tengo a la guarda temor.

BAGATÁN. Que te ayudarán sospecho,
conociendo tu valor;

que aunque allí se escandalicen,
mil príncipes has de hallar
que nuestra hazaña autoricen.

MARDOQUEO. Estos tratan de matar.

¡Válame Dios! ¿A quién dicen?

TARES. El ser el Rey tan amado
pone a mi temor cuidado;
que no el rigor de la ley.

MARDOQUEO. ¡Basta! ¿Qué dicen al Rey?

BAGATÁN. Habla, Tares, recatado.

TARES. ¡Que siempre a la puerta veo
de palacio, ocioso y grave,
este porfiado hebreo!

BAGATÁN. ¿Qué pretende?

TARES. No se sabe.

BAGATÁN. Echarle de aquí deseo.

¿Guardaste la carta?

TARES. Sí,
en el pecho la escondí.

BAGATÁN. Si nos oyó...

TARES. No lo sé.

BAGATÁN. Espera, y yo lo sabré.

¿Qué buscas, amigo, aquí?

MARDOQUEO. Escribo historias, y vengo

a ver del Rey las grandezas
por afición que le tengo,
que no pretendo riquezas,
ni en pretender me entretengo.

BAGATÁN. Según eso, bien oirías
lo que tratamos del Rey
y sus grandes monarquías.

MARDOQUEO. Yo tengo siempre por ley
pensar en las cosas mías.

Miraba aquestas columnas
corínticas, aunque son
dóricas también algunas,
y desta puerta el blasón,
estos soles y estas lunas.

Lo que tratáis me decid,
para me lo escriba, amigos,
y esa historia me advertid.

BAGATÁN. Buscad mejores testigos,
o más despacio venid;
que estamos de prisa agora.

MARDOQUEO. Pues guárdeos el cielo.

TARES. Adiós.

Vanse.

MARDOQUEO. El cielo, que nada ignora,
hoy castigará a los dos
con su mano vengadora.

Ester sale a su jardín;
notable ocasión de hablalla
y estorbar del Rey el fin.

ESTER y SELA, y las damas que puedan.

SELA. Hablan las fuentes y calla
el viento en este jazmín,
y así mejor estarás
debajo de aquellas murtas.

ESTER. Pues vamos solas no más.

SELA. Pienso que a las flores hurtas
la hermosura que les das.

MARDOQUEO. ¿Podráte hablar Mardoqueo?

ESTER. Aparte puedes hablarme.

Retírense.

MARDOQUEO. ¡Sobrina!

ESTER. ¡Tío!

MARDOQUEO. Deseo
darte un aviso.

ESTER. Engañarme
pudo en tu voz el deseo;
más quisiera que dijeras
un abrazo que un aviso.

MARDOQUEO. Ester, si sola estuvieras,
ni yo estuviera remiso,
ni tú de mi sangre huyeras;
soy tu padre, aunque tu tío.

ESTER. Eres el amparo mío.

MARDOQUEO. Al Rey quieren darle muerte.

ESTER. ¡Al Rey, tío! ¿De qué suerte?

MARDOQUEO. Todo el remedio te fíjo;
a Bagatán y Tares,
porteros del Rey, lo oí;
dilo al Rey, porque después
me premie el aviso a mí
y algún descanso me des.

ESTER. ¿Pues puédesse averiguar?

MARDOQUEO. Di que los miren el pecho.

ESTER. El Rey me viene a buscar.

Vete, y vete satisfecho,
que Dios te quiere ensalzar.

Váyase MARDOQUEO.

Salen el REY, AMÁN, TARES, BAGATÁN y otros.

Señor mío...

ASUERO. Bella Ester,
ya deseaba saber
cómo te hallabas sin mí.

ESTER. ¿Cómo se ha de hallar sin ti
quien de ti recibe el ser?

Como están del sol ausentes
sin luz las cosas, estoy
en no teniendo presentes
esos ojos de quien soy,
si tanto bien me consientes;
y estoy como está la esclava
honrada de su señor,
a quien adora y alaba.

ASUERO. Basta, que comienza amor
adonde otro amor acaba.

¡Oh, cuánto te debo, Ester!

ESTER. Tanto, que envidia he tenido

de quien hoy me dio a entender...
mas llega un poco el oído.

AMÁN. ¡Secreto! ¿Qué puede ser?

Mas de su amor hablarán,
que tan rendidos están,
que no descansan un punto.

ASUERO. Por los que son te pregunto.

ESTER. Son Tares y Bagatán.

ASUERO. ¡Tares!

TARES. ¡Señor!

ASUERO. Muestra el pecho.

TARES. ¿Para qué, señor?

ASUERO. Aparta.

TARES. ¡Cielos! Mi muerte sospecho.

ASUERO. ¿Qué carta es esta?

TARES. No es carta,
ni escritura de provecho.

ASUERO. Lee, Amán.

TARES. Oye, señor.

ASUERO. No hay que oír.

ESTER. ¡Calla, traidor!

AMÁN. La carta trata tu muerte.

ASUERO. ¿Cómo dice?

AMÁN. Desta suerte.

BAGATÁN. Helado estoy de temor.

Lea AMÁN.

«Ya estamos determinados de matar al rey,

Bagatán y yo, para el día que nos avisáis;

por eso estad apercebidos a nuestro amparo,

y a lo demás que sabéis. Guárdeos el cielo,

y dé a nuestra hazaña valerosa el suceso

que todos deseamos».

ASUERO. ¡Hay semejante traición?

Lleva estos hombres, Amán,
que me obliga la razón
a que mis manos...

AMÁN. No harán;

que dellas indignos son.

Esclavos, viles, villanos,

¿en el Rey poner las manos?
¿Quién los cómplices han sido?
¿Cómo habéis enmudecido?
¡Por los cielos soberanos,
que os la pienso dar tan fuerte,
que quede al mundo memoria
de vuestra inaudita muerte!

TARES. Envidia fue de tu gloria:
que fuiste la causa advierte.

AMÁN. Caminad.

ASUERO. ¿Quién te contó

Vanse.

De aquestos el mal deseo?

ESTER. Un hebreo me avisó.

ASUERO. ¿Y es su nombre?

ESTER. ¡Mardoqueo!

ASUERO. Tengo por costumbre yo
escribir servicios tales
en mis historias y anales,
para darles galardón
en llegando la ocasión.

ESTER. Beso tus manos reales;
que la merced que le hicieres,
estimo como las mías.

ASUERO. ¡Hola!

ADAMATA. ¡Señor!

ASUERO. Si escribieres
los servicios destes días,
tú que después los refieres,
pon que me dio Mardoqueo
vida, y con noble deseo
desta traición me libró.

ADAMATA. Voy a escribirlo.

ASUERO. Si yo
tan cuidadosa te veo

de mi vida y mi salud,
¿cómo, Ester, a tu virtud
no he de rendir cuanto soy?

ESTER. Hasta que mueran estoy
con temerosa inquietud.

ASUERO. Pues alto, mátenlos luego.

Entre AMÁN.

AMÁN. Confiesan tantas maldades,

que es poco cuchillo y fuego.
ASUERO. No hay cosa en que no me agrades.
ESTER. Que mires por mí te ruego.
ASUERO. ¿Cómo?
ESTER. En mirar por tu vida.
ASUERO. Ven a ver, Ester querida,
estas fuentes, donde hablemos
de este peligro.

Tómela de la mano y váyanse.

AMÁN. ¡Qué extremos!
Casi a envidiarlos convida;
pero con justa razón,
por su gracia y hermosura,
la tiene el Rey afición.

MARSANES y MARDOQUEO entren.

MARDOQUEO. ¡Qué temeraria locura!
MARSANES. Poco estarán en prisión.
MARDOQUEO. ¿Que al Rey quisieron matar?
MARSANES. Desto te puedo informar,
que lo demás no lo sé;
aquí está Amán.
MARDOQUEO. Y yo en pie,
que no me pienso humillar.
MARSANES. Mira que es notable error.
MARDOQUEO. Solo al Supremo Señor
pongo la rodilla en tierra;
quien le da a los hombres, yerra:
solo es Dios digno de honor.

Váyase.

AMÁN. ¿Quién es el que sale allí?
MARSANES. ¿Aquel, señor? Un hebreo.
AMÁN. ¿Pues cómo se ha estado así?
MARSANES. Porque tan libre le veo
siempre delante de ti.
AMÁN. Parece que lo he notado
que en pie y cubierto se ha estado:
que entre o salga, y en su ley
no se dirá que a un virrey
no respete el más honrado.
MARSANES. De tal manera le hallo
mil veces en tu presencia,

que él es el rey, tú el vasallo,
porque a ti te reverencia
lo mismo que a tu caballo;
y como nunca se quita
de la puerta, es muy notado.

AMÁN. La espada y el brazo incita.

MARSANES. El mismo mármol helado
adonde se arrima, imita.

AMÁN. A no ser descompostura
de un príncipe soberano
poner en tan vil criatura
la espada noble y la mano,
que el sol derribar procura,
fuera y le hiciera pedazos,
ensangrentando las puertas
con la boca a faltar brazos;
mas a bajezas tan ciertas
convienen vigas y lazos.

¡A mí, que al salir de Oriente
el sol se humilla a mi frente!

¡A mí, sin cuya licencia
no hace del mundo ausencia
ni da la vuelta a Occidente!

¡A mí, que si quiero, al suelo
haré humillar las estrellas
y los planetas del cielo,
y que puedo andar sobre ellas
y hacer pedazos su velo!

¡A mí, de quien tiembla agora,
desde el Gange hasta el Jordán,
cuanto el sol ilustra y dora!

¡Al Virrey, al rey Amán,
de cuanto mira el aurora!

¡A mí, que en amaneciendo
cantan mil himnos las aves,
hasta las fuentes riendo
van por arroyos suaves,
solo mi nombre diciendo!

¡ A mí, un triste, un vil hebreo!
Ahora bien; mayor venganza
que en su vida hacer deseo;
que una vida poco alcanza
a las ofensas que veo:

el Rey es, que ha dejado
a Ester. ¡Notable ocasión!

MARSANES. Con razón te has enojado.

AMÁN. Es el respeto razón

de toda razón de Estado.

ASUERO entre.

ASUERO. ¿Ejecutóse el mandamiento mío?

AMÁN. ¿Cuándo no se ejecuta lo que mandas?

Mas si he de hablarte como es justo y debo,
o tú tienes la culpa, o la han tenido
muchos que te gobiernan y aconsejan.

ASUERO. Pues, ¿qué remedio, Amán, tomarse puede
para que nadie contra un rey conspire
en tanta multitud de pensamientos?

Dirás que ser temido y ser apiado.

AMÁN. No puede un rey de todos ser temido
ni amado, si no intenta que en sus reinos
no vivan los extraños de sus leyes.

ASUERO. ¿Quién tengo yo de quien temerme pueda?

AMÁN. Los hebreos que trajo de Judea
Nabucodonosor, no te obedecen.

Lo primero, no adoran a tus dioses,
porque al Dios de Abraham y de sus padres
sacrifican en altos holocaustos
la blanca oveja y el dorado toro;
estos pervierten los demás vasallos,
estos hacen mil fieros latrocinios,
y destos nace quien desea tu muerte.

ASUERO. ¿Y los hebreos viven de esa suerte?

AMÁN. Viven menospreciando tus decretos,
tus virreyes, tus cónsules y príncipes;
destrúyelos, señor: manda que mueran,
y daréte de plata diez talentos,
que tu tesoro y arcas enriquezcan.

ASUERO. Escribe provisiones luego al punto
a todas las ciudades de mis reinos,
para que mueran todos en un día,
mi anillo es este, toma, y los talentos
cóbralos para ti; que no los quiero.

Váyase el REY.

AMÁN. ¡Viva mil años el divino Asuero!
Marsanes, esto es hecho; vengan luego
correos que dilaten estas nuevas
de la India a Etiopía.

MARSANES. Escribe presto
un decreto del Rey, y fijaréle
en la puerta mayor deste palacio,

para que el miserable Mardoqueo
vea si es bien que humille la cabeza
a los virreyes del divino Asuero.

AMÁN. Humillarála presto sin el cuerpo
y bañaráse en sangre de su infame
progenie, porque en Susa irá corriendo
como en las tempestades los arroyos.

MARSANES. Así tendrán respeto los villanos.

AMÁN. Yo quedaré vengado del desprecio,
que a un hombre que respetan las estrellas,
no le querer tener un vil, un loco,
parece que es tener al cielo en poco.

Salga SELVAGIO.

SELVAGIO. Aves que por el viento
esparcís vuestras quejas amorosas
con regalado acento,
o ya favorecidas o celosas,
o en árboles tejidos,
principio dais a vuestros dulces nidos:

 líquidos arroyuelos,
que rompiendo los vidrios cristalinos
de vuestros blancos velos,
enamoráis los valles convecinos,
que de vuestros amores
engendran plantas y producen flores;
 tosco ganado mío,
que en asomando el sol por su ventana
a enjugar el rocío,
por estas zarzas la enhetrada lana
dejáis, saltando al prado,
de azules campanillas matizado.

 Fuese por arrogante
aquella fiera, vuestro dueño y mío;
quedé como el amante
que a la ribera del ardiente río
templó la infernal ira
sobre los trastes de su dulce lira.

 Naciendo en pobre aldea,
a ser reina se fue, ¡qué gran locura!
Mas ¿quién habrá que sea
cuerda, si su gracia y hermosura
la alaba el que suspira,
o la engaña la fuente en que se mira?

 Partióse, y del ganado
olvidada, se opuso a la corona,

que el cetro y el arado,
la que ni al Rey ni al labrador perdona,
solo juntar solía;
mas quiérela imitar la ingrata mía.

Entre SIRENA.

SIRENA. Por estos hermosos valles,
si es bien amor que te acuerdes,
donde estos álamos verdes
eran toldos de sus calles;
por las márgenes nevadas
desta fuentecilla fría,
llevar Selvagio solía
sus ovejuelas peinadas:

¡Oh, hele allí! Dulce ausente
de estos ojos, ¿podré darte
el parabién de abrazarte
con la risa desta fuente?

¿Podré colgar de tu cuello
esta memoria por joya?

SELVAGIO. Podrás abrasar a Troya
solo encendiendo un cabello;
que ya tu voz regalada,
al alma por el oído
paso, venciendo en sonido
esta fuente delicada.

Mas como el convaleciente
que enfermó de fruta hermosa
aunque en la rama frondosa
la ve colgar dulcemente,
de tocalla se desvía
por no volver a enfermar,
no me atreveré a tocar
lo que enfermarme solía.

¿Cómo vuelves? ¿Cómo estás?

¿De dónde vienes? ¿Qué tienes?

¿Cómo de palacios vienes
y por estos prados vas?

¿Qué traje es este, grosero?

¿Las reinas andan así?

SIRENA. ¡Burlas Selvagio de mí,
sin abrazarme primero!

¿Así das el parabién
de nuestra ausencia a tu amor?

SELVAGIO. Yo te agradezco el favor
y la memoria también,

mas a las reinas que han sido
no está bien tratar de amores
con los rústicos pastores
ni deslustrarse el vestido;

tú vienes ya como zarza:
yo, como de lana soy:
temo, si el pecho te doy,
que en tus espinas se esparza:

vuelve, Sirena, a reinar:
deja el prado y el aldea.
SIRENA. ¡Bien tratas quien te desea,
porque te viene a buscar!

SELVAGIO. ¿Tú a mí, después que del Rey
habrás sido despreciada,
porque Ester sola es amada
por matrimonio y por ley?

¿Tú a mí, de quien al partirte,
una palabra amorosa
no te escuché, ni ya es cosa
puesta en razón el servirte,

porque el estilo de corte
que traes en los oídos,
en nuestros rústicos nidos
no hallará pluma que corte

Vuélvete a reinar, Sirena:
deja nuestra soledad
que viva sin voluntad,
que es como vivir sin pena;

que te aseguro de mí
que en extremo te quería
en tanto que no te vía,
y no después que te vi,

SIRENA. Antes el ver lo que he sido
te pone en obligación
de que doubles la afición
que dices que me has tenido;

que traigo más calidad
de la que de aquí llevé.

SELVAGIO. Esa calidad, yo sé
que ofende la voluntad;

acuérdate que te dije
lo de los nidos de antaño.

SIRENA. ¡Oh, cuánto igual desengaño
nuestra condición aflige!

Mira, Selvagio, que tengo
con qué poder regalarte.

SELVAGIO. Empléalo en otra parte.

SIRENA. Mira que a buscarte vengo.

SELVAGIO. Sirena no cantes más,
porque tengo condición
que no ha de haber posesión
en mi esperanza jamás;
dueño tuviste, y es sueño
pensar que me has de agradar;
que basta para olvidar
imaginar otro dueño.

Vase.

SIRENA. Bien merezco este desdén,
pues que con vana locura,
si lo violento no dura
quise hacer violencia al bien;
yo tengo castigo igual:
mi soberbia le merece,
porque nada permanece
fuera de su natural.

Por el buitre que volaba,
mi pajarillo dejé,
pero yo le ablandaré
la condición fiera y brava;
no me da mucha fatiga
por más que volar presuma;
que los hombres son de pluma,
y las mujeres de liga.

Váyase, y entren ESTER, y SELA, y EGEO.

ESTER. ¿Eso ha hecho Mardoqueo?

EGEO. Desta manera le vi.

ESTER. ¿Con saco?

EGEO. Señora, sí.

ESTER. Saber la causa deseo.

EGEO. No sé más de que ha rasgado
con gran dolor sus vestidos,
y por todos sus sentidos
el vivo dolor mostrado.

La cabeza se ha cubierto
de ceniza.

ESTER. ¡Extraña cosa!

SELVAGIO. Sin duda es dificultosa
de remedio.

ESTER. Y es muy cierto;
porque tal demostración

no la hiciera sin gran causa.

EGEO. Pon a las sospechas pausa;
que yo sabré la razón.

ESTER. Con saco ninguno puede
por ley en palacio entrar:
ropa le quiero enviar
para que adornado quede;
toma la más rica, Egeo,
que puedas hallar.

EGEO. Ya voy.

ESTER. ¡Ay, Sela! ¡Confusa estoy!

SELA. ¿Qué te importa Mardoqueo?

ESTER. Téngole alguna afición
desde aquel dichoso día
que al Rey, que es vida en la mía,
descubrió aquella traición.

Vamos, que en aquellas rejas
le veré, si acaso está
en la puerta, o me podrá
decir el viento sus quejas.

¡Toda estoy muerta! ¿Qué haré?

SELA. ¿Qué te va en este hombre a ti?

ESTER. Pues que yo lo siento así,
¡triste de mí, yo lo sé!

SELA. El Rey te adora: imagina
que cuanto quieras podrás.

ESTER. A otro Rey que importa más,
mi alma su llanto inclina.

Que si no es que amando yerro
en esta imaginación,
saco y ceniza no son
menos que muerte y destierro.

Vase.

MARDOQUEO entre con un saco, y EGEO con una ropa.

MARDOQUEO. No tienes que persuadirme.

vuélvele, amigo, la ropa;
que esta desdicha no topa
en adornarme y vestirme.

EGEO. La causa es justo decirme
de tanta melancolía,
para que a la Reina mía
se la cuente por los dos.

MARDOQUEO. ¡Ay de ti, pueblo de Dios,
si no lloras noche y día!

EGEO. ¿Qué le tengo de decir?

MARDOQUEO. ¡Déjame, amigo, llorar!

EGEO. Bien la pudieras hablar
si te quisieras vestir.

MARDOQUEO. Estoy cerca de morir.

¡Déjame!

EGEO. ¡Extraña porfía!

Voyme.

MARDOQUEO ¡Ay, justa pena mía!

EGEO. Bien fuera hablaros los dos.

Váyase EGEO.

MARDOQUEO. ¡Ay de ti, pueblo de Dios,
si no lloras noche y día!

¡Oh, mísero pueblo hebreo!

Hoy vuestros ojos verán
triunfar el soberbio Amán
del humilde Mardoqueo.

Lejos el remedio veo.

si no es que el cielo le envía

para vuestra dicha y mía,

Ester divina, por vos.

¡Ay de ti, pueblo de Dios,

si no lloras noche y día!

¿A quién volveré la cara?

¡Señor, si estáis ofendido.

por nuestras culpas ha sido.

que otra cosa no bastara!

Dejad un poco la vara

que rayos al mundo envía:

pero si la profecía

no mueve piedad en vos.

¡ay de ti pueblo de Dios,

si no lloras noche y día!

EGEO. La Reina, con gran dolor,

te envía a decir por mí

que por qué lloras así

y no admites su favor.

Mira que es mucho rigor

negarle cosa tan justa.

MARDOQUEO. Pues saber la Reina gusta

la causa, en este papel

la puede ver, y por él

sabrás si es justa o injusta.

A la puerta se ha fijado
de palacio aqueste edito;

no porque della le quito,
sus letras solas traslado.
El rey Asuero ha mandado,
por consejos deste Amán.
que los hebreos que están
en su tierra, que en decillo
tiemblo, pasen a cuchillo:
ya el día esperando están.

¿No escuchas el llanto triste
de hombres, niños y mujeres?
Pues si esto escuchas. ¿qué quieres?
¿Por qué la Reina me viste?
Diré que si no resiste
a Amán y al Rey, y le ruega,
su espada de un golpe siega
todos los cuellos que ves;
dile que se eche a sus pies,
pues ningún favor le niega.

EGEO. Es ley que no pueda entrar
ni aun la Reina a hablar al Rey,
pena de la vida, y ley
que primero ha de llamar;
pero si entra, y da a besar
el Rey el cetro, es que quiere
que viva; mas nadie espere
hallar tanta gracia en él.

MARDOQUEO. Lévale, amigo, el papel;
que ella hará lo que pudiere.

EGEO. Voy, aunque sé que ha de ser
imposible que le hable.

Váyase EGEO.

MARDOQUEO. A tu sangre miserable
da remedio, hermosa Ester;
que aunque es verdad que mujer
fue causa de muchos males,
yo sé que en mujeres tales
puso Dios nuestro remedio,
y que las toma por medio
para el bien de los mortales.

Si a la que es mala condeno,
la buena me satisface;
que de víboras se hace
triacaca para el veneno.
Vaso de virtudes lleno
fue Sara, Rebeca y Lía,

Raquel, Thamar y María,
hermana del gran Moisés,
la que cantaba después
que Israel del mar salía;

Rahab, Débora y Jahel,
ilustres mujeres son,
y la madre de Sansón,
con Ana la de Samuel,
Rut y Abigail fiel,
Abela y la de Tobías,
Judich, que casi en mis días
quitó la vida a Holofernes
porque a su ejemplo gobiernes,
Ester, las desdichas mías.

EGEO. Grande sentimiento ha hecho
la Reina con el papel,
y a la muerte más cruel
por tu bien ofrece el pecho;
que al Rey hablará, sospecho,
pero dice que ayunéis;
que ella hará lo mismo allá.

MARDOQUEO. Los pies, amigo, me da.

EGEO. Gran enemigo os aflige:
todo a la Reina lo dije:
triste por extremo está.

Ten, Mardoqueo, esperanza
en lo que la quiere el Rey,
aunque más rompa la ley.

MARDOQUEO. Eso me da confianza.

EGEO. Mucho una lágrima alcanza
que se cae de unos ojos
hermosos, en los despojos
de un rendido corazón.

MARDOQUEO. Su gracia y su discreción
sabrán templar sus enojos.

EGEO. Vete y recibe consuelo.

MARDOQUEO. Avisar quiero que todos
lloren, y de varios modos
suba nuestro llanto al cielo.

EGEO. Que el Rey se acerca recelo.

MARDOQUEO. Voyme, que si Ester porfía,
vencerá, mas si la envía
sin consuelo de los dos
¡ay de ti, pueblo de Dios,
aunque llores noche y día!

El REY y AMÁN.

ASUERO. Deseo favorecerte.
¿Quieres otra cosa, Amán?
AMÁN. Adorarte, obedecerte.
ASUERO. ¿Cuándo a los hebreos dan
justa y merecida muerte?
AMÁN. Presto, señor, llega el día.
ASUERO. ¿Hay, Egeo, alguna cosa?
EGEO. El llanto que al cielo envía
esta gente lastimosa.
AMÁN. ¡Oh, justa venganza mía!
ASUERO. ¿Mataron a Bagatán
y a Tares?
EGEO. Muertos están
por su delito, y sembradas
sus casas de sal.
ASUERO. ¡Qué honradas
hazañas! Siéntate, Amán.
AMÁN. Beso tus pies, aunque indino
de estar de tu trono al lado.
ASUERO. Mucho a quererte me inclino.
EGEO. La Reina a verte ha llegado.
AMÁN. Sin licencia es desatino.

ESTER con un rico vestido y corona en la cabeza y criadas.

ESTER. A tus pies, Rey soberano,
se humilla esta sierva tuya.

Alargue el cetro y bésele ESTER.

EGEO. Alargó el cetro y la mano,
señal de la gracia suya;
miróla con rostro humano.
ASUERO. Por mis dioses, bella Ester,
que solo cuando te veo
conozco mi gran poder,
porque excedes al deseo
que no hay más que encarecer;
gracia has hallado en mis ojos,
Ester, con los tuyos bellos,
que me quitan mil enojos.
ESTER. Si hallé, señor, gracia en ellos,
es porque son tus despojos.
ASUERO. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido?
¿Quieres algo? Pide, Ester:
pide a un Rey que no ha tenido

desde que te vio, querer
más que de haberte querido;
no temas, que tardas más
en pedir que en concederte.

ESTER. Pues que licencia me das
y tu grandeza me advierte
que tan de mi parte estás,
hazme una merced, señor:
que hoy comas conmigo.

ASUERO. Harélo,
y lo tendré por favor.

ESTER. Mil años te guarde el cielo.

AMÁN. ¡Notable muestra de amor!

ESTER. Otra merced me has de hacer.

ASUERO. Pide, bellísima Ester;
tus dudas pena me dan.

ESTER. Que hoy tu presidente Amán
con los dos ha de comer.

ASUERO. Como sabes que le quiero,
favorécesle por mí:
vamos que el convite espero.

ESTER. ¿Irás, Amán?

ASUERO. Señora, sí.

ESTER. ¡Viva el poderoso Asuero!

Váyanse REY y REINA y EGEO.

AMÁN. ¿Hay más honra, hay más favor?

Con la Reina he de comer
y con el Rey mi señor!
¿Qué puedo más pretender?
Los dos me tienen amor:
a contarlo quiero ir
a Zares, mi bella esposa,
y mis galas prevenir,
que el contento es justa cosa
con el amor dividir.

MARDOQUEO entre.

¿Quién es este mal vestido?
¡Vive Dios, que es el hebreo,
que la sentencia ha sabido!
Gracias al cielo que veo
este villano rendido;
sin duda me viene a hablar,
pues ya no importa llorar.

Pasa MARDOQUEO por delante de él.

¡Oigan, el necio arrogante
cómo pasa por delante!
¡Aún no se quiere humillar!
Tendré en esto sufrimiento:
estoy por sacar la espada.

Vuelve a pasar.

¡Oigan, con qué atrevimiento
vuelve a pasar! ¡Mano airada,
¿qué aguardas? Pero ¿qué intento?
¿Yo he de ensangrentar la mano
en un miserable hebreo?

Vuelve a pasar.

¿Otra vez pasa el villano?
Que es loco sin duda creo,
y ser temerario es llano;
vese cerca de morir
y al jüez no reverencia,
ni aun en él quiere advertir;
pasearse en mi presencia,
¿cómo se puede sufrir?
Ya se va sin hacer caso
más de mí que destas puertas,
mano sobre mano y paso
sobre paso: muestras ciertas
de loco: mas yo me abraso.
¿Hay tal cosa que una hormiga,
que una mosca miserable,
me desprecie y contradiga,
que me vea y no me hable?
Yo sentencio v él castiga.
Parece que yo he de ser
el muerto, y él el que hoy
ha de comer con Ester.
Con el Rey a comer voy:
sin gusto voy a comer.
Culpa del daño que veo
tiene esta guarda bisoña.
Comer con el Rey deseo;
todo lo vuelve ponzoña
la araña de Mardoqueo.

Zares, mi mujer, es esta:
Marsanes, mi grande amigo,
debe de saber la fiesta;
pero si hay fiesta en castigo,
tengo para mí que, es esta.

ZARES y MARSANES; ZARES es mujer de AMÁN.

¿Sabéis ya cómo al convite
que Ester, nuestra Reina hermosa,
previene al Rey, me ha llamado?

ZARES. Egeo lo dijo ahora,
y Marsanes me traía
nueva, esposo, tan dichosa.

MARSANES. Tu persona lo merece.
pues es segunda persona
del Rey en todo el Oriente.

AMÁN. El favor pienso que sobra
al oficio, mas también.
si mi amor no me apasiona,
aunque es grande esta merced,
es a mis méritos corta.

ZARES. Bien es que pienses de ti
y tu sangre generosa
eso que dices, mas mira,
Amán, que tu dicha sola
llegar a tan gran fortuna,
pues hoy quieren que le pongas
un clavo de oro a su rueda
cuando con los Reyes comas.

MARSANES. Ingratitud me parece
que estés triste, pues hoy cobras
famoso nombre en la Persia,
y del ocaso a la aurora:
¿ya qué te puede faltar,
sino poner la corona
del rey Asuero en tu frente?

ZARES. Si te ha parecido poca
esta merced, ¿a qué aspiras?

AMÁN. No tengo, querida esposa,
y tú, mi amigo Marsanes,
esta por pequeña gloria;
pero ¿veis en el estado
que la fortuna coloca
mi dicha? ¿veis los favores
que las manos generosas

de Rey y Reina me hacen?
Pues todo me da congoja
respecto de ver un hombre
que me sigue como sombra,
pues en ver que me desprecia,
cuanto bien tengo me enoja.
MARSANES. ¿Es acaso Mardoqueo?

AMÁN. Tal esa fiera se nombra;
pues cuando los capitanes
y los príncipes se postran
a mis pies, él no me mira,
antes por empresa toma
pasearse en mi presencia;
y cuando mil almas lloran
de la sentencia que he dado,
no solo el Perdón negocia,
pero hace el caso de mí
que el viento de secas hojas.
¿No habéis visto un perro humilde,
que con lengua ladradora,
alrededor de un mastín
pretende que huya y corra,
y que el mastín se está quedo,
y apenas abre la boca,
como que ni ve ni siente
que la cabeza le rompa?
Pues pensad que Mardoqueo
es este mastín. ¿Qué importa
que yo le ladre y sentencie,
que ni las rodillas dobla,
ni aun humilla la cabeza?

MARSANES. Esa culpa tuya es toda.

Quiérote dar un consejo
para que mejor dispongas
tu gusto al Real convite.

AMÁN. ¡Cómo!

MARSANES. Haz que dentro de una hora,
de cuarenta pies en alto,
labre tu guarda una horca
tan enfrente de palacio,
que la Reina tu señora
y el Rey, estando comiendo,
la puedan ver, y que pongan
les ruega en ella al hebreo.
para que muera sin honra,
y comas con gusto tú.

ZARES. Si a los Reyes, que te adoran.

les pides esa merced
tan humilde y vergonzosa,
¿cómo la podrán negar?
AMÁN. Bien decís; mucho me exhorta
vuestro discreto consejo,
allí veré si me topa
y no humilla la cabeza;
que no es justo que interrompa
un villano mal nacido,
adonde con blancas ondas
riega el Jordán a Samaria,
las dichas de quien ahora,
para ser rey del Oriente
lleva la fortuna en popa.
Voy a que pongan las vigas,
porque villanos conozcan
qué respeto se les debe
a las doradas coronas;
que no hay oro, seda y telas,
granas tirias, persas joyas,
gobiernos, reinos, imperios,
mesas, deleites, aromas,
que causen tanta gloria
como vengar agravios de la honra.

Acto tercero

LA HERMOSA ESTER

HABLAN EN EL ACTO TERCERO

ASUERO
AMÁN.
EGEO
MARDOQUEO
MARSANES
ZARES
ADAMATA.
TARSES.

ESTER.
DOS MÚSICOS.
REY ASUERO y gente.

ASUERO. Toda la noche he pasado
sin dormir.

EGEO. ¡Extraña cosa!

¿Ha sido por calurosa,
o en razón de algún cuidado?

ASUERO. Cuidado y desvelo ha sido
de materias diferentes,
que a la memoria presentes
no permitieron olvido.

EGEO. Por eso al fin de sus leyes
un filósofo decía,
gran señor, que no sabía
cómo dormían los reyes;
es la imagen un pastor,
que de noche desvelado,
tiene más vivo el cuidado
y más despierto el favor.

ASUERO. Dadme el libro y las historias
de los servicios anales.

EGEO. Cuando a tus manos Reales
lleguen, señor, sus memorias,
verás las obligaciones
en que te pone el gobierno.

ASUERO. ¡Oh cetro! ¡Oh cuidado eterno!
¡Oh bien con tantas pensiones!

Aunque en todos los estados
se paga censo al favor,
nadie le paga mayor
que quien le paga en cuidados;
y así es mayor nuestra pena,
y por justísima ley;
porque los que tiene un rey
exceden del mar la arena.

Saca el libro EGEO.

EGEO. Aquí está el libro.

ASUERO. Leed,
no solamente por gusto,
mas porque saber es justo
a quién se ha de hacer merced.

EGEO. ¿Por dónde mandas abrir?

ASUERO. Por los últimos; es bien
para que premio les den
y se animen a servir.

Lea.

EGEO. Memorial de los servicios
del mes Tebeth, en el año
séptimo del reino tuyo,
que dure por siglos largos:
Apelino, capitán,
venció los rebeldes Partos,
que se subieron al monte
con tantos robos y daños.

ASUERO. ¿Qué le dieron a Apelino?

EGEO. Uno de los principados
de Persia.

ASUERO. Adelante.

EGEO. Celso
te presentó diez caballos,
los frenos de oro y de lobo
marino, y todos bordados
de rubíes y de perlas,
los paramentos persianos.

ASUERO. ¿Qué le dieron?

EGEO. Un oficio
que pedía, porque hallaron
que era muy digno.

ASUERO. Adelante.

EGEO. Mas el médico Alejandro
te hizo sangrar a tiempo;
que, a opinión de muchos sabios,
tu salud, que guarde el cielo,
previno e graves daños.

ASUERO. ¿No le di un anillo de oro
con un diamante, y seis vasos
de mil piedras guarnecidos,
y dos ropas de brocado?

EGEO. Sí, señor.

ASUERO. Pues adelante.

EGEO. ¿Cómo te acuerdas?

ASUERO. Reparo,
cuando doy poco, en que quedo
a quien lo doy obligado;
presto le haremos merced.

EGEO. Mas te dio Lidio Teofrasto
un arbitrio para hacer,

sin daño de tus vasallos,
crecer las rentas de Persia.

ASUERO. ¿Qué le dieron?

EGEO. No le han dado
hasta que surta el efecto
lo que él anda procurando.

ASUERO. Pues di más.

EGEO. Tirio, ingeniero,
hizo aquellos cuatro baños
para la salud.

ASUERO. ¿Pagóse?

EGEO. Él dice que está pagado
con el provecho que dan.

ASUERO. ¿Pues de qué?

EGEO. De administrarlos.

ASUERO. ¿Qué más?

EGEO. Presilo te trajo
un monstruo nacido en Tarso,
de dos niños en un cuerpo,
cuatro pies y cuatro manos.

ASUERO. ¿Qué le dieron?

EGEO. Otro monstruo
que te habían presentado
mandaste darle.

ASUERO. Y fue bien;
que monstruos con monstruos pago.

EGEO. Albano te trajo un hombre,
tirador tan extremado,
que con una cerbatana
dos mil agujas tirando
a un garbanzo, las clavaba
todas en el que era el blanco.

ASUERO. ¿Qué mandé dar a ese hombre
por un ingenio tan raro?

EGEO. Ochenta gruesas de agujas
y una hanega de garbanzos.

ASUERO Su inútil habilidad
pagué, con dar que, tuviese
qué tirar por muchos años.

EGEO. Tesenio, ilustre poeta.
te dio un libro intitulado
hazañas de tus mayores.

ASUERO. ¿Qué le di después de honrarlo?

EGEO. Oficio de senador,
y los cuatro mil ducados
que tus coronistas gozan.

ASUERO. ¿Hay más?

EGEO. Rufino Tebano,
mal pintor, te presentó
de tu rostro un mal retrato.

ASUERO. ¿Qué le mandé dar?

EGEO. Hiciste
a otro pintor tan malo
que le retratase a él.

ASUERO. Pagué agravio con agravio.

EGEO. Este día Mardoqueo
descubrió, secreto y cauto,
la conjuración de Tares
y Bagatán.

ASUERO. ¿Qué le han dado?

EGEO. Ninguna cosa, señor.

ASUERO. ¿Ninguna?

EGEO. Yo no la hallo
en el libro, ni la sé.

ASUERO. Pues ¿cómo a un hombre, y extraño,
que me libró de la muerte
y dio vida, he sido ingrato?

¿No ha pedido alguna cosa?

EGEO. No, señor.

ASUERO. ¡Extraño caso!

¿Quién está afuera?

ADAMATA. Está Amán.

ASUERO. ¿Amán?

ADAMATA. Sí, señor.

ASUERO. Llamaldo.

ASUERO. A su Dios, a su patria, a sus parientes
ofende el que es ingrato al beneficio:
de muchos vicios es bastante indicio
aunque en maldad parezcan diferentes;
es deshonra tomar entre las gentes,
y nunca dar, que es del ingrato oficio,
y solo con decir aqueste vicio,
responden los demás como presentes;
es de la yedra un natural retrato.
que al árbol que la tiene la desmedra
y sale deshojado de su trato,
y aunque engaña, amoroso como yedra,
jamás perdona agravio; que el ingrato,
el bien escribe en agua, el mal en piedra.

AMÁN entre.

AMÁN. ¿Qué manda tu majestad?

ASUERO. ¡Oh, Amán!

AMÁN. Mi ventura ha sido
llamarme el Rey, si he tenido
segura su voluntad;
 porque ya en la plaza queda
hecha de cuarenta codos,
para que la vean todos
y que los muros exceda,
 la horca en que hoy ha de estar
el infame Mardoqueo:
pedir licencia deseo;
mas ya el Rey me quiere hablar.
ASUERO. Amán, si un Rey desease
honrar un noble varón,
para dar satisfacción
del gusto con que le amase,
 ¿qué es lo que haría por él?
AMÁN. Sin duda soy el que quiere
honrar el Rey, porque muere
por hacerme igual con él;
 que ninguno si no yo
merece lo que él intenta,
¿qué dudas, alma contenta?
Mira cómo ayer te honró
 en que hoy vengas a comer
con la reina y a su lado.
ASUERO. ¿Haslo pensado?
AMÁN. He pensado
que si el Rey le quiere hacer
 honra, le mande vestir
sus vestiduras reales,
piedras y joyas iguales,
y que le mande salir
 con su cetro y su corona
a pasear la ciudad,
y por más autoridad,
acompañe su persona
 un príncipe que el caballo
lleve de riendas, y que sea
del Rey también, porque vea
que iguala al Rey el vasallo;
 este príncipe que digo,
dará en la plaza un pregón
en la mayor atención
del pueblo, al acto testigo,
 diciendo: «con tal trofeo,
honra el Rey quien quiere honrar».
ASUERO. Bien dices; parte a buscar

al hebreo Mardoqueo,
que del palacio a la puerta
hallarás pobre y echado,
y todo lo que has hablado
con la ejecución concierta;
vístele un vestido mío,
y con mi cetro y corona
acompaña su persona,
templando al caballo el brío
con llevarle de la rienda.
y da en la plaza el pregón
que dices, porque es razón
que así la ciudad lo entienda,
y guárdate que no dejes
de hacer cuanto aquí dijiste.
AMÁN. Yo voy.
EGEO. ¡Qué envidioso y triste!

Vase AMÁN.

ASUERO. Si faltares, no te quejes.

¿No viene, amigos, Ester,
sabiendo que la llamaba?

EGEO. Ya la ocasión aguardaba
en que te pudiese ver,

mas dícame que hoy es justo
que su convite se haga,

para que en él satisfaga
humildemente a tu gusto,

que pues no se hizo ayer,
no es razón que pase de hoy.

ASUERO. A darle contento voy,
hoy comeré con Ester;

que sabe su mismo Dios
cuál gracia en mis ojos tiene.

EGEO. Tal Reina a tal Rey conviene.
¡Mil años viváis los dos!

Vanse y salen dos personas.

UNO. De tan noble suceso

no se ha sabido la causa,

DOS. Solo sé que las reales
ropas, y corona baja

Amán, y que a Mardoqueo,

aquel hebreo que estaba
a las puertas de Palacio,

a tal grandeza levanta,
que se las viste, y le ciñe
la real corona, y sacan
un caballo del rey mismo,
que a los del sol aventaja,
para que en él Mardoqueo
con los soldados de guarda,
y llevando Amán del freno
a pie, con grandeza tanta
le lleven y le paseen
por cuantas calles y plazas
tiene la corte de Persia.

UNO. Tan gran novedad me espanta,
secretos son que los reyes
no comunican ni mandan
poner en ejecución.

DOS. Que ya del real alcázar
sale este triunfo y lo dicen
las trompetas y las cajas.

Música de chirimías, y por un palenque entre grande acompañamiento, y detrás
MARDOQUEO con cetro y corona en un caballo, y su palio; traerá al pie de la rienda
AMÁN, y en parando en el teatro, dirá.

AMÁN. ¿Qué iguala a mi desventura?

¿Quién se vio como me veo
a los pies de Mardoqueo,
y él subido a tanta altura?

Que tal su bajeza es
y tan vil es su linaje,
que no hay lugar donde baje
después de estar a sus pies.

¡Oh soberbia a qué has traído,
mis altivos pensamientos
de cuyos atrevimientos
estaba el cielo ofendido!

¡Cuán mejor puedo decir,
soberbia, en este lugar,
que es comenzar a bajar
no tener más que subir!

¿En que tendré confianza,
o quien no se pierde en ella,
pues un caballo atropella
lo mejor de mi esperanza?

Como un peso habemos sido
este y yo, mas tan pesado
de mi parte, que he bajado

tanto como él ha subido.

En una horca pensé
subirle: mi afrenta callo,
pues subido en un caballo,
pone en mi cabeza el pie.

¡Cielos! ¿Quién hay que os entienda?
Él parece que me ahoga,
pues a quien buscaba sogas
le voy llevando de rienda.

Y aun no sé en qué ha de parar
mi desventura importuna,
que no para la fortuna
cuando comienza a bajar.

Mas ¿qué temo si me veo
en la mayor humildad?
Que no hay más profundidad
que a los pies de Mardoqueo.

MARDOQUEO. Mil gracias os doy, señor,
que esta vuestra humilde hechura
levantáis a tanta altura
y a tantos grados de honor.

Bien sé que no lo merezca:
indigno soy deste bien
y desta merced, por quien
de nuevo el alma os ofrezco.

Vos sois Dios, dais como Dios.
que cuando honráis es de modo
que conoce el mundo todo
la grandeza que hay en vos.

Bien puedo ahora cantar
fuera de este Egipto fiero,
que el caballo y caballero
habéis rendido en el mar.

Amán, otro Faraón
que vuestro pueblo quería
matar, porque no le hacía
tan injusta adoración,
de su caballo cayó
en el mar de su arrogancia,
donde la misma distancia
vuestro poder me subió.

Que es blasón que usáis desde antes
que ellos fuesen nuestros dueños,
levantar a los pequeños
y humillar los arrogantes.

¿Qué importa que contra vos
la soberbia venga armada,

pues luego sale la espada
que dice: «quién como Dios»?
AMÁN. Comenzar quiero el pregón
de mi afrenta, y no exceder
su gusto, por no caer
en mayor indignación.

Ciudadanos, dad lugar
a este pobre caballero;
que así honra el rey Asuero
a los que pretende honrar.

La música, y vuélvanse por su palenque, y salgan ZARES, su mujer de AMÁN, y MARSANES.

ZARES. Con mil imaginaciones
anda mi esposo estos días.

MARSANES. Nacen sus melancolías
de pequeñas ocasiones;

pero como a la gran nave
que va corriendo la mar
se suele un pez arrimar
y detiene el curso grave,

así aqueste vil hebreo
detiene el curso de Amán,
cuando sus grandezas van
por el mar de su deseo.

ZARES. Así dicen que el león
se suele espantar del gallo.

MARSANES. ¡Que un hombre que aun no es vasallo
le cause tanta pasión!

¡Un esclavo, un vil cautivo,
mísero pez del Jordán
a la alta nave de Amán
se quiere oponer altivo!

Mas hoy acaba con él,
y en la horca fabricada,
lo que es indigno a su espada,
hará un infame cordel;

en quitándole la vida,
cesará tan triste enojo.

ZARES. Infamará su despojo
espada tan bien nacida;

y así, es justo que un verdugo
acabe con su arrogancia;
y sin admitir distancia,
de la esclavitud el yugo
del mísero pueblo hebreo

corte quitando las vidas.
MARSANES. Por tu vida, que le pidas
que no entierre a Mardoqueo.

¡Cómanle perros!

ZARES. Sí harán;
que aun no ha de quedar ceniza
de hombre que desautoriza
los pensamientos de Amán.

AMÁN entre.

AMÁN. Acabó ya la fortuna
de mostrarme su inconstancia,
que una misma consonancia
hace con la varia luna.

En llegando a desear,
la llena se ha de temer;
que el estado del crecer
es principio del menguar.

¡Grandes afrentas me ha hecho
Asuero!

ZARES. Esposo querido,
¿qué rostro es ese?

AMÁN. El que ha sido
más viva imagen del pecho;
que si el alma se retrata
en el rostro, en él verás
cómo se parece más
lo que piensa y lo que trata.

Ya no tengo que temer;
que solo este bien me queda,
porque no hay qué me suceda,
si no es el dejar de ser.

ZARES. ¿No te ha hecho Mardoqueo
reverencia?

MARSANES. Si tú aguardas
a ese infame, y te acobardas
de ejecutar tu deseo.

¿qué mucho que no te estime?
Ahórcale. ¿Qué pretendes?

AMÁN. ¡Oh. qué mal, Zares, entiendes
la desdicha que me oprime!

Y tú, querido Marsanes,
ya cesaron mis trofeos:
ya ensalza el Rey Mardoqueos:
ya desprecia el Rey Amanes.

¿Es posible que al oído

las voces no os han llegado
de lo que agora ha pasado?

MARSANES. ¡Cómo!;¿Qué te, ha sucedido?

AMÁN. ¿Pues no veis la alteración
del pueblo?

ZARES. Habrále pesado
ver al hebreo ahorcado.
que tan inconstantes son.

AMÁN. No es eso, ¡triste de mí!
Sino que el Rey me mandó
vestirle sus ropas yo,
y sus ropas le vestí.

Su cetro y corona de oro
le puse, y como vasallo,
de rienda llevé el caballo
para su mayor decoro.

En la plaza di un pregón
y en las más públicas calles.

ZARES. ¡Por Dios, esposo, que calles!

AMÁN. ¡Qué calle! Públicas son.

Yo dije por ensalzar
al que mataba primero:
así honra el rey Asuero
a los que pretende honrar.

ZARES. ¿Pues cómo, o por qué?

AMÁN. No sé
más de que el Rey lo ha mandado,
aunque yo he sido el culpado
porque ayer no le maté;
preguntóme de qué modo
el Rey a un hombre honraría;
yo pensé que lo decía
por darme su imperio todo
y di la misma sentencia
que se ha ejecutado en mí.

ZARES. Si el hebreo reina aquí
y, tiene la preeminencia
que tú de Persia tenías
como segunda persona
del Rey, y cetro y corona,
¿qué aguardas., en qué confías?

No escaparás de sus manos.

MARSANES. No he visto desdicha igual.

AMÁN. Temiendo estoy mayor mal
por los dioses soberanos.

Un criado.

ADAMATA. ¿Está aquí Amán?

AMÁN. Aquí estoy.

ADAMATA. El Rey te espera a comer,
porque ya la bella Ester
le está esperando.

AMÁN. Ya voy.

ADAMATA. No hay ya voy, sino venir.

AMÁN. Tengo que hacer.

ADAMATA. Yo no puedo
irme sin ti.

ZARES. ¿Tienes miedo?

MARSANES. ¿Vas a comer, o a morir?

AMÁN. No sé; mas si el corazón
avisa al hombre primero,
mi muerte comer espero:
tales mis desdichas son.

MARSANES. Triste va.

ZARES. Teme la suerte,
y su desdicha adivina,
porque si una vez declina,
nunca para hasta la muerte.

Vase.

Criados que saquen una mesa, y los músicos, y EGEO y TARES.

EGEO. Yo pienso que ha de ser notable día
para el gusto del Rey.

TARES. Será notable,
porque adora en Ester.

EGEO. Música envía.

¡Qué convite será tan agradable!

TARES. Para quien ama es dulce melodía
dar gusto a lo que quiere.

EGEO. Es tan amable
la Reina, que ella sola sus sentidos
regala, y tiene de su amor vencidos.

MÚSICO. Apercibe, Nicandro, el instrumento.
que ya tienen la mesa apercibida.

SEGUNDO. Quien come, pocas veces está atento,
o no le entra en provecho la comida;
por eso los poetas, que del viento
tienen la suspensión del alma asida,
no saben lo que comen y enflaquecen,
y, en fin, porque no comen enloquecen.

MÚSICO. Bien dices, que un poeta en siendo rico
es mal poeta, porque engorda y come.

SEGUNDO. Ya desde aquí la vista al plato aplico.
MÚSICO. Yo haré que un plato el maestra sala tome.
SEGUNDO. Si un pajarillo en remojando el pico,
aunque la jaula más le oprima y dome,
canta que se deshace, yo no quiero
hacer pasajes sin beber primero.

REINA y damas.

ESTER. Agora, gran Señor de cielo y tierra,
que vais cumpliendo mi mayor deseo,
ya la soberbia, la humildad destierra
cayendo Amán, subiendo Mardoqueo.
Conozco el celestial poder que encierra
esta virtud que en los pequeños veo.
pues aunque a los principios despreciada,
se ve de mil laureles coronada.
¡Oh, gran Señor, si aquesta esclava vuestra
las mujeres ilustres imitase
de vuestro pueblo y de la sangre nuestra.
y algo de sus desdichas restaurase.
si la fuerte Judit con mano diestra
queréis que el cuello de Holofernes pase,
tiñendo el pabellón de sangre fiera,
haced que Amán por estas manos muera.

Entren el REY y AMÁN.

ASUERO. Ya con Amán, bella Ester,
a ser convidado vengo;
de tu cuidado y mi amor
dice que seguro puedo,
que él viene haciendo la salva
a los platos que merezco
de la lealtad de tus manos
por el amor que te tengo.

ESTER. A tus pies está tu esclava.

ASUERO. Levántate, Ester, del suelo;
que humillas de un Rey el alma
a lo menos, que es su cuerpo.
Yo no tengo, y es sin duda,
más alma: pues si no tengo
más alma, y el alma es más,
no la humilles a lo menos.

ESTER. Hoy vienes de hacer favores,
y aquí tu grandeza veo,
pues que pagas la comida

primero que nos sentemos.
ASUERO. Siéntate, Amán.
AMÁN. Desde ayer
de tal manera me siento,
que no puedo levantarme
al asiento que deseo.
¡Ay de mí, qué vanas honras!
ASUERO. Dénnos de comer.
MÚSICO. Cantemos.
SEGUNDO. A sus pasos de garganta,
haré pasos de pescuezo.

La comida se descubra y algunos platos que serán los principios, y canten entretanto los músicos al tono de la locura.

Dios ensalza los humildes
y derriba los soberbios.
Ciento y treinta años después
que con el diluvio inmenso
castigó Dios a los hombres,
comenzó Nembrot su reino;
fabricó muchas ciudades,
pero soberbio y blasfemo,
persuadía a sus vasallos
negasen a Dios eterno,
de tan altos beneficios
el justo agradecimiento,
porque se lo atribuyesen
todo a su fuerza e ingenio;
obedecieronle muchos,
y porque si acaso el cielo
volviese a anegar el mundo,
tomaron por buen consejo
hacer una inmensa torre,
cuyo inaccesible extremo,
excediendo las estrellas,
tocase al sol los cabellos.
Juntáronse tantos hombres,
que hicieron en breve tiempo
el más notable edificio
que antes hubo y después dellos;
pero mirándolos Dios
desde su alcázar eterno,
no castigó su locura
con agua, viento ni fuego,
sino que por las distancias
del primero fundamento,

a la altura donde estaban
se confundiesen con ellos
no entendiéndose las lenguas,
con que confusos y ciegos
se esparcieron por el mundo
fabricándole de nuevo.
En el campo de Senar
cuando aquel monstruo, a quien dieron
el nombre de Babilonia,
que es confusión en hebreo.
Dios ensalza los humildes
y derriba los soberbios.
ASUERO. ¿Qué quieres, hermosa Ester?
Pide, que yo te concedo
todo aquello que pidieres;
pide la mitad del reino;
pide, que si el alma es más,
¿quién te ha de negar lo menos?
ESTER. Si hallé, gracia en esos ojos,
poderoso rey Asuero,
por esta vida, señor,
y la de todo mi pueblo,
a la muerte condenado,
con mil lágrimas te ruego:
ojalá que por esclavos
nos vendiesen, que gimiendo
calláramos; pero pasa
nuestro enemigo sangriento
a tal soberbia y crueldad,
que en sangre de nuestros cuellos
pretende lavar sus pies.
ASUERO. ¡Qué dices, Ester! ¿Qué es esto?
¿Cuál bárbaro o cuál poder
tiene tanto atrevimiento
hoy en el mundo?
ESTER. Este Amán,
aqueste enemigo nuestro.
ASUERO. ¿Amán se atreve a tu vida?
Si del más sutil cabello
tuyo depende la mía.
AMÁN. ¡Muerto soy! ¡Su furia tiemblo!
ASUERO. Quitad aquesto de aquí.

Aparten la mesa y métanla de allí.

¿Hombre puede haber tan fiero
que te condene a la muerte

yo vivo, yo soy, yo reino?
¿A mí me obedece Oriente
desde el Indo al Caspio seno?
¿A mí Tartaria y Egipto,
del mar Grande al mar Bermejo?
¿A mí Etiopía, a mí Arabia?
¿Soy Artajerjes Asuero?
¿Son aquestas las hazañas
que mis mayores han hecho?
¿Ilustro así sus memorias?
¿Doy esta fama a sus templos
y cuelgo de sus sepulcros
estos infames trofeos?
Voyme, Ester, que de corrido
a mirarte no me atrevo,
pues aun no puedo mostrarte
el poco poder que tengo.

Váyase.

AMÁN. ¡Cielos! ¿Qué será de mí?
Que en aquesta confusión,
bien me dijo el corazón
lo que al principio temí.
Ya todos se van de aquí;
como que ya visto han
que el basilisco de Amán
ha dado ponzoña al Rey.
¿Qué amor, qué exención, qué ley
darme la vida podrán?
Fuese el Rey por el jardín,
fuese Ester a su aposento,
cada cual con pensamiento
de mi desdichado fin.
El ardiente serafín
que este pueblo circunciso
escribe en su paraíso,
parece que está a la puerta,
para mi desdicha abierta,
pues mi soberbia lo quiso.
¿Podré salir? ¿podré entrar?
¿Qué puedo hacer, que sin duda,
aunque la guarda está muda,
ya me debe de esperar?
Mas bueno será pasar
al aposento de Ester.
Hebrea debe de ser;

no lo supe, que a su vida
respetara mi atrevida
mano, y del mundo el poder.

Pedirle quiero la mía;
que en tan divina hermosura
no ha de haber alma tan dura
que no ablande mi porfía.
¡Quien el Oriente solía
como a rey obedecer,
ruega una mujer! ¡a Ester
voy a rogar desta suerte!
¡Pero qué cosa tan fuerte
no se ha rendido a mujer!

Éntrese, y salgan MARDOQUEO y ESTER.

MARDOQUEO. El sueño, dulce Ester, se va cumpliendo,
y trocándose el llanto en alegría
que los cielos estaba entristeciendo.

¡Bendito sea para siempre el día
que para dar salud a Israel naciste,
que el cuchillo feroz de Amán temía!

¡Con qué artificio soberano hiciste
que el Rey tuviese lástima a tus ojos,
y tu cautivo pueblo redimiste!

Tuyos serán, Ester, nuestros despojos;
a ti, que de las hembras no difieres
que templaron del cielo los enojos,
vendrán niños, ancianos y mujeres,
y echados a tus plantas, darán voces,
que su señora y su remedio eres.

ESTER. Tío y señor, si mi humildad conoces,
¿para qué me bendices desa suerte?

Mil años, plegue a Dios, el cetro goces;
que en más alto lugar espero verte,
que aquel en cuya frente el pie pusiste,
a quien espera ya violenta muerte.

MARDOQUEO. ¡Oh, bella Ester, la fuente humilde fuiste
que yo soñé que en aguas abundaba,
y que la verde margen excediste!

Aquel dragón feroz que peleaba
con el otro dragón menos furioso,
era este Amán. Que su poder acaba
cante Jerusalén, y el suntuoso
alcázar de Sión cante Samaria,
y las riberas del Jordán undoso
canten en tu alabanza, y la contraria

espada rindan a tus plantas bellas,
pues tras tanta fortuna incierta y varia,
levantas a Israel a las estrellas.

Entre AMÁN, y ESTER se sienta en un estrado.

AMÁN. Si merece un enemigo
que una Reina poderosa
temple el rigor del castigo.
y que te muestres piadosa
en tanta ofensa conmigo.

vesme aquí puesto a tus pies;
pero dirás que no es
humildad de aquel vasallo
que lo estuvo del caballo
deste que tan alto ves.

Nunca el valor generoso
fue ingrato, señora, al ruego;
abre tu pecho piadoso,
a cuya hermosura llego
humillado y vergonzoso;

mira estos ojos que ayer
tuvieron tanto poder,
que bañan de llanto el suelo.
e imita en piedad al cielo
como en hermosura, Ester.

Nunca me ha pesado a mí
de que fueses mi señora
y el Rey dejase a Vastí;
entonces, siempre y agora
al Rey hablé bien de ti.

Airado está; si tú quieres.
tú sola le templarás.

Más en perdonarme adquieres
que yo en vivir, pues es más
que ser yo, ser tú quien eres.

ESTER. Amán, el Rey está airado;
ya sabes que eres culpado.

AMÁN. ¡Señora!

ESTER. ¿Tocasme?

AMÁN. Sí,
que quiero asirme, de ti
como altar de mi sagrado,
y no te pienso soltar
sin que palabra me des,
que el Rey me ha de perdonar.

El REY y EGEO, y gente.

ASUERO. ¿Qué es esto?

EGEO. ¿Ya no lo ves?

ESTER. Amán, ¿quieresme dejar?

ASUERO. ¡Por el Dios de Ester sagrado,
que oprime a la Reina el fiero
a mis ojos y en su estrado!

AMÁN. ¿El Rey es aqueste? Hoy muero;
que está por extremo airado.

ASUERO. Cubrilde.

Échenle un tafetán negro.

EGEO. Ya está cubierto.

ADAMATA. Contarle pueden por muerto.

¿No ves, señor, desde aquí
aquellos tres palos?

ASUERO. Sí,

y estoy de lo que es incierto.

ADAMATA. Es una horca que Amán

hizo que la vieses todos
cuantos hoy en Susa están,
porque de cuarenta codos
es la altura que le dan.

En esta poner quería
a quien la vida te dio.

ASUERO. ¿Horca a Mardoqueo hacía?

ADAMATA. Solo porque no adoró
su vana soberbia un día.

ASUERO. ¡Hay tal maldad! Pues, amigos,
pase por la misma ley;
haya menos enemigos,
que iguales tocan al Rey
los premios y los castigos.

Si tuvo ese mal deseo,
hoy los de Susa verán
que es de la humildad trofeo
ocupar la horca Amán
que esperaba a Mardoqueo.

Llevalde y ponelde en ella,
porque vea mi Ester bella
cuánto soy agradecido
al favor que he recibido
de los hebreos y della.

Dejaré en el mundo ejemplo
de piedad y gratitud.

Llévenle.

ESTER. Juntas en ti las contemplo.

ASUERO. Por diosa de mi salud
quisiera labrarte un templo.

MARDOQUEO. Háblale, amada sobrina,
sobre lo que determina
hacer de la sangre nuestra.

ESTER. A tu poderosa diestra
mi humilde pecho se inclina.

ASUERO. ¿Quieres otra cosa, Ester?

ESTER. Señor, escúchame atento:
sabrás, pues que ya es razón,
un secreto.

ASUERO. ¿Qué secreto?

ESTER. Cuando vine a tu palacio
obediente al mandamiento
de mi Rey y mi señor,
callé por muchos respetos
el decirte que era hebrea,
de aquel desdichado pueblo
que Nabucodonosor
trajo cautivo a tu imperio.
Callé mis padres, que ya
en cautiverio murieron,
y callé también, señor,
que es mi tío Mardoqueo,
que viendo al soberbio Amán
pretender tu lauro y cetro,
y por no adorar un hombre
tan ambicioso y soberbio,
no le quería ofrecer
lo que a solo Dios inmenso
debe el que conoce que hay
pena y gloria, infierno y cielo.
Él, airado, condenó,
no solamente su cuello
a la muerte, como has visto,
pero a todos los hebreos.
Cartas están despachadas
con tu soberano sello,
por orden de Amán, que todos
el día décimo tercio
del mes Adar, mueran juntos,
y así los soldados fieros
están aguardando el día

para ejecutar sangrientos
sus muertes, y saquearlos.
Revoca, señor, te ruego,
este decreto cruel,
por ser de las manos hecho
de un hombre tan envidioso,
y por ser tu esposa dellos;
que si no mandas que cese
el riguroso decreto,
la primera seré yo,
el segundo Mardoqueo;
y puesto que soy tu esclava
y que esta muerte merezco,
por no merecerte a ti,
que es delito que te debo,
Mardoqueo está inocente,
y asimismo muchos buenos
que ruegan por tu salud
al gran Dios de los ejércitos.
Duélate, señor, mi llanto,
que aunque soy río pequeño,
van al mar de tu piedad
estas lágrimas que vierto.

ASUERO. ¡Oh, humilde Ester, cuanto hermosa!
No me enterezcas el pecho;
que no hay en el mar que dices
perlas de tan alto precio.
Los nácares de tus ojos.
Más para engendrar se han hecho
que no lágrimas, estrellas,
como esferas de tal cielo.
Bien parece que mi amor
alumbró mi entendimiento
para honrar tu noble tío
con el hacha de su fuego;
que ensalzarse hasta poner
de Oriente en su mano el cetro
sin haberle conocido,
solo amor supiera hacerlo;
en todo acierta quien ama,
y si yo en amarte acierto,
lo mismo será estimar
la sangre de tus abuelos.
Hoy verás lo que mereces:
dame, Mardoqueo, luego
tus brazos.

MARDOQUEO. Indigno soy.

ASUERO. Hoy te da merecimiento
tu virtud y la de Ester.

Esta es mi sortija y sello;
despachad cartas al punto,
en que revoco el decreto
que Amán, soberbio, había dado
contra el santo pueblo hebreo.

MARDOQUEO. ¡Oh, soberano señor!

Tus pies en su nombre beso,
aunque se anticipa el llanto,
que quiere llegar primero.
Tu voluntad han oído
mis amigos y mis deudos,
y con alegres canciones
y acordados instrumentos,
quieren celebrar tu nombre
y cubrir, señor, el suelo
adonde pones los pies,
de oliva, laurel y acebo,
y de aromáticas flores.

ASUERO. Entren; que yo les ofrezco
la libertad y las vidas;
entrad, dichosos hebreos.

Cuantos puedan, con árboles en las manos, echándolos por el suelo con otras flores.

Músicos y baile Hoy salva a Israel

la divina Ester.

hoy, Ester dichosa,
figura sagrada
de otra Ester guardada
para ser esposa,
más pura y hermosa,
de más alto Rey.

Hoy salva a Israel
la divina Ester.

HEBREO. Danos tus pies, gran señor,
y pon de tu nombre el hierro
en las almas, que en las caras
ya le tenemos impreso.

ASUERO. La casa y huertas de Amán,
y sus tesoros, entrego
a Mardoqueo y Ester,
porque demos fin con esto
a la soberbia de Amán
y humildad de Mardoqueo.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo